

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



ESTA NOCHE ES LA VÍSPERA

Edición de Óscar Barrero

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Esta noche es la víspera”:
Óscar Barrero.

ESTA NOCHE ES LA VÍSPERA
COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Goya, de Madrid, la noche del 12 de diciembre de 1958, con el siguiente REPARTO, por orden de aparición en escena

| | |
|--------------------|-----------------------|
| DANIEL | JAIME REDONDO |
| ELVIRA..... | MARY CAMPOS |
| ELISA | CARMEN SECO |
| AVELINA | ROSA FONTANA |
| EL PILOTO..... | JUAN OCAÑA |
| JAVIER..... | PABLO SANZ |
| DON JOAQUÍN..... | MANUEL DOMÍNGUEZ LUNA |
| ANITA | LUISA SALA |
| ROSA..... | MARÍA ASQUERINO |
| LA MUCHACHA | GRACIA MORALES |
| MARCOS..... | CARLOS CASARAVILLA |
| EL MUCHACHO..... | JOSÉ MARÍA VILCHES |
| VALENTÍN | JOSÉ LUIS HEREDIA |
| EL PADRE JOSÉ..... | JOSÉ MARÍA RODERO |
| EL BUEN SEÑOR..... | MARCIAL GÓMEZ |

Decorado de Martín CEROLO e Ignacio DE PABLO ROMERO
Dirección: Manuel BENÍTEZ SÁNCHEZ-CORTÉS

PRÓLOGO

Una mañana de verano. El vestíbulo de una buena casa de campo, mezcla de finca antigua y de villa de veraneo.¹

Al fondo, un gran mirador que avanza hacia el jardín –es como un gran rectángulo de cristales–, cuyo alféizar está a muy poca altura del piso. Este mirador se eleva con un par de peldaños sobre el pavimento del vestíbulo, formando una amplia meseta, en la cual hay, convenientemente distribuidos, dos grandes sillones y una mesita.

En el fondo, también a la derecha –términos del espectador–, puerta de entrada a la casa. Al otro lado del mirador, a la izquierda, una pequeña escalera de cinco o seis peldaños, frente al público, terminados en una meseta que continúa perdiéndose en el lateral. En la pared de la izquierda, dos entradas iguales, muy juntas, con cortinas. A la derecha, una gran chimenea. Una puerta a cada lado de la chimenea.

Un gran sofá en primer término, en la zona de la izquierda. Aquí y allá, donde convenga, grandes sillones. Un mueble con libros. Una mesita con teléfono cerca del sofá.

En el jardín hay un gran jolgorio de hojas verdes. Un sol radiante.

(Cuando se levanta el telón, no hay nadie en escena; pero la puerta de entrada está abierta. Píjan unos pájaros en el jardín... Pronto, ante la puerta, aparecen Elvira y Daniel. Ella es una mujer joven, muy atractiva, muy elegante en su aparentemente descuidado atavío de verano. Él es un hombre de poco más de treinta años. También viste, con desaliño, traje veraniego. Camisa deportiva y sin corbata. Se apoya en un bastón: anda con cierta dificultad. Él se queda un instante bajo el dintel de la puerta. Ella entra sonriendo)

DANIEL.—Pero, mujer... ¿Adónde vas?

ELVIRA.—Deja... Tengo curiosidad.

¹ Los años corresponden a las distintas ediciones cotejadas; ver botón *Información*. Sigo, básicamente, la edición de 1973. 1967: *verano*

(Avanza, llega hasta el centro, mirándolo todo. Da unos pasos y se asoma por la primera puerta de la izquierda. Luego, vuelve y sube aprisa la escalerita. Daniel la contempla atónito)

DANIEL.—Pero, Elvira...

ELVIRA.—¡Chiss! Calla, calla... *(Baja aprisa la escalera, cruza y se asoma por la primera puerta de la derecha. Allí, al parecer, ve a alguien porque se detiene)*
¡Oh! Buenos días.

(En la puerta primera de la derecha surge Elisa, una mujer pulcra y sencilla)

ELISA.—Buenos días. ¿Desean algo los señores?

ELVIRA.—*(Sonriendo)* Discúlpenos. Es que, al pasar por la carretera, vimos la puerta abierta. Y como además hay un cartel que dice que la casa se vende...

ELISA.—*(Muy campechana)* ¡Ah, vamos! Entonces, bienvenidos sean los señores. Vean y revuelvan a su antojo, si es que la casa les interesa, y pregunten lo que tengan que preguntar, que a una servidora también le gusta dar la lata cuando se propone comprar algo. *(Transición)* Bueno, ya saben los señores lo que quiero decir...

ELVIRA.—¿Vive usted aquí?

ELISA.—¡Ca! No, señora. La casa está deshabitada. Aquí no entra nadie desde hace dos años...

ELVIRA.—¡Ah!

ELISA.—Yo vivo en el pueblo, que está a cinco kilómetros. Lo que pasa es que, como los dueños me dejaron la llave y las instrucciones para la venta, por si a alguien le interesa la casa, que, hasta ahora, la verdad, no han sido muchos, pues de vez en cuando me doy por aquí una vueltecita, para que el abandono no se lo coma todo. Y más ahora, en verano, que hay mucho turismo por la carretera. Y en eso estaba cuando han llegado los señores... Pero descansen, descansen un ratito. Yo, entre tanto, sacudiré un poco el polvo por ahí dentro. ¡Ah! Y lo dicho: con toda confianza, como si la casa fuese² suya, que ojalá lo sea.

(Y se va, tan risueña, por la primera puerta de la derecha)

2 1967: fuera

DANIEL.—Bueno. Y ahora, vamos a ver: ¿me quieres decir por qué me has traído aquí? ¿Por qué en pleno viaje hacia Francia, a punto de pasar la frontera, paras el coche delante de esta casa, sencillamente porque la puerta está abierta?

(Elvira está sola en el centro)

ELVIRA.—No lo sé. De pronto, al doblar la curva, apareció esta casa, tan vieja y tan bonita, rodeada de montañas; tan solitaria, tan abandonada... No sabría explicarte. Detuve el coche, casi sin saber lo que hacía.

DANIEL.—*(Sonriendo)* Es curioso. ¿Sabes que hace un momento andabas por aquí, de un lado para otro, como si conocieras esta casa de memoria?

ELVIRA.—¿De veras?

DANIEL.—¡Digo! Y la verdad es que acabas de entrar aquí por primera vez...

(Elvira se vuelve rápidamente hacia él. Luego, se reintegra a sí misma)

ELVIRA.—¡Quién sabe! Quizá estuve aquí antes, en un sueño.

DANIEL.—¡Ah! *(Sonriendo)* Un buen sueño.

ELVIRA.—O un mal sueño.

(Daniel, que ha cruzado despacio la escena, apoyado en su bastón, llega hasta el sofá. Y al sentarse no puede evitar un gesto de dolor)

DANIEL.—¡Ay!

ELVIRA.—¿Te duele?

DANIEL.—Un poco. *(Sonríe)* Pero, ya sabes, cada vez menos. Te aseguro que a veces me cuesta trabajo creer que puedo andar por mí mismo. Después de tanto tiempo...

ELVIRA.—Te curarás, Daniel, te curarás. Volverás a ser el que eras.

DANIEL.—Sí. Ahora creo que sí. Ya casi lo soy...

ELVIRA.—Daniel, Daniel...

(Ella se arrodilla. Hunde la cabeza en el pecho de Daniel. Un silencio. Él le acaricia suavemente el peinado)

DANIEL.—¿Estás contenta?

ELVIRA.—¡Oh!

DANIEL.—¿Eres feliz?

ELVIRA.—¡Mucho!

DANIEL.—Gracias. *(Ella, en silencio, le toma una mano y se la besa)* Oye.

ELVIRA.—¿Qué?

DANIEL.—¿Me permites que te haga una pregunta?

ELVIRA.—Claro que sí...

DANIEL.—¡Calla! No te precipites. Es una pregunta difícil... Es una pregunta que llevo hace mucho tiempo dentro de mí, y que quizá nunca te hubiera hecho si no me hubiera curado. Pero ahora no la puedo evitar...

ELVIRA.—¿Qué dices? Tú puedes preguntarlo todo. Eres mi marido.

DANIEL.—Escucha, Elvira. *(Un silencio)* Es solo una curiosidad. Dime... Durante lo peor de mi enfermedad, cuando todos creíamos, incluso los médicos, que yo pasaría el resto de mi vida en aquel sillón de ruedas; entonces, en aquellos meses tan crudos,³ que aún están tan cerca, tú -dime la verdad, Elvira-, ¿tú sentiste alguna vez la idea de abandonarme?

(Elvira alza el rostro y le mira con espanto. Se incorpora vivamente)

ELVIRA.—¡Daniel!

DANIEL.—*(Confuso)* ¿Ves? Ya te dije...

ELVIRA.—¿Cómo has podido pensar? Soy tu mujer...

DANIEL.—Claro. Es verdad. *(La mira. Luego baja los ojos. Para sí mismo)* Es que tú no sabrás nunca lo que fue mi vida entonces. Tu presencia a mi lado, más que un consuelo, era un remordimiento. Tanta juventud, tanta ternura, ¿para qué? Para un inválido. Yo, entonces, hubiera encontrado hasta legítimo que tú...

ELVIRA.—¡Calla!

DANIEL.—¡Oh! Perdona...

ELVIRA.—¡Daniel! ¿Estás seguro de que me hubieras perdonado?

DANIEL.—Sí... Te hubiera perdonado. Te perdonaría. *(Liberas sus manos suavemente. Le toma la cara. La besa. Y en una transición, muy alegre)* ¡Ea! ¡Se acabó! Fuera lágrimas, fuera penas. Ando, me muevo, luego soy un hombre como los demás. Son las doce de la mañana de un día maravilloso. Estamos en un alto de nuestro primer viaje después de tantos meses de pesadilla. Estamos viviendo casi, casi nuestro viaje de novios otra vez... ¡Oh, no! Esto es mejor

3 1959, 1967: *cruces*

todavía. *(De pronto, alegrísimo, se vuelve hacia ella)* ¡Elvira! Tengo una idea. ¿Te gustaría que esta casa fuera nuestra?

ELVIRA.—¡Daniel! ¿Qué dices?

DANIEL.—¿Por qué no? Está en venta. Y sé que te gusta. Cuando entramos aquí ibas como fascinada.

ELVIRA.—*(Emocionada)* ¿Serías capaz?

DANIEL.—¡Claro! Me encantaría tener un refugio como este para descansar un poco tú y yo, solos, lejos de Madrid, lejos de todo. Por otra parte, los médicos dicen que debo pasar una temporada en el campo. ¿Dónde mejor que aquí? No se puede negar que todo esto es bonito. Esa chimenea... El jardín. Tienen cosas de muy buen gusto. ¡Ah! Mira.

ELVIRA.—¿Qué es eso?

(Daniel tiene entre las manos un pequeño objeto que tomó de la mesita del teléfono que está junto al sofá)

DANIEL.—Una polvera.

ELVIRA.—¡Ah!

DANIEL.—Una polvera igual, igual a aquella que tú perdiste. ¿Te acuerdas? La que compramos en Venecia, cuando nuestro viaje de novios.

(Elvira ha palidecido suavemente. Está inmóvil... Casi no se atreve a extender la mano)

ELVIRA.—A ver...

DANIEL.—Mírala. Es igual, igual. Con su góndola grabada en la tapa...

(Elvira tiene la polverita entre las manos)

ELVIRA.—Sí... Es igual.

DANIEL.—*(Sorprendido)* Pero ¿qué te ocurre?

ELVIRA.—¿A mí? Nada. ¿Por qué?

(Por la primera puerta de la derecha aparece Elisa, que cruza hacia la izquierda)

ELISA.—¡Hala! Por aquí, ya pueden pasar los señores sin mancharse mucho. De cuatro manotazos he sacudido lo más visible... ¡Uf! No puedo más. Lo que son los años. Cuatro zancadas, y ya estoy molida...

(Un pequeño silencio. De pronto, Daniel, alza los ojos hasta Elisa)

DANIEL.—¡Espere! ¿Y dice usted que desde hace dos años no ha entrado nadie en esta casa?

ELISA.—¡Nadie! *(Una transición)* Bueno, es decir...

DANIEL.—¡Ah!

ELISA.—Una noche hubo aquí gente, sí, señor. Fue este invierno pasado, en el mes de enero. Un avión que iba a París tuvo una avería y aterrizó cerca de esta casa, ahí, junto a la carretera. Era de madrugada y estaba nevando... No quiera usted saber. Los viajeros no encontraron a mano más refugio que esta casa. Y aquí se metieron, ¿sabe usted? Aquí pasaron la noche. Cuando se hizo de día se los llevaron. En el pueblo, ni les vimos la cara. Pero, lo que yo me he dicho muchas veces: ¿qué pasaría aquella noche?

(Se va por la primera puerta de la izquierda. Una pausa. Daniel aún tiene la polverita entre las manos)

DANIEL.—¿Has oído?

ELVIRA.—*(Un silencio)* ¡Daniel! No hemos entrado por casualidad en esta casa. Te he traído yo...

(Daniel se vuelve)

DANIEL.—¿Tú? ¿Por qué?

ELVIRA.—*(Un silencio)* Escucha.

OSCURO

ACTO PRIMERO

En el mismo lugar. Una noche de invierno. Todas las luces están apagadas. La escena en sombras. Un débil resplandor azul recorta el mirador. Durante las primeras escenas de este acto, nieva.

(Se levanta el telón. Hay un silencio absoluto. Los copos de nieve se abaten sobre los cristales del mirador. Y, de pronto, comienza a oírse el murmullo sofocado de un grupo de gentes que, por el jardín, se acerca a la casa. Son voces confusas, sin precisarse en frases, de hombres y mujeres. Unas sombras se dibujan a contraluz detrás de los cristales del mirador. Y, entre las sombras, destaca con fuerza el punto luminoso de una linterna eléctrica. Alguien golpea, mientras, en la puerta de entrada. Son unos golpes duros y secos, que casi adquieren eco en el interior de la casa desierta. Y se oyen con claridad algunas palabras de los que están fuera)

AVELINA.—*(Fuera)* ¿Qué pasa?

PILOTO.—*(Fuera)* No contestan.

JAVIER.—*(Fuera)* Llame otra vez...

JOAQUÍN.—*(Fuera)* Eso... Más fuerte.

PILOTO.—*(Fuera)* ¡Cállense! Por favor...

TODOS.—*(Fuera)* ¡Oh!

(Un rumor. Ahora se ve cómo la linterna eléctrica se acerca al mirador. Se hace trizas, de un golpe, un cristal de la vidriera. Una mano se introduce por el hueco del cristal roto y, manejando con destreza el picaporte, abre una hoja de la vidriera. Una vez abierto el mirador, salta, ágilmente, al interior la figura de un hombre. Cuando se encienden las luces, veremos que se trata de un mozo de aspecto simpático que viste uniforme de piloto de una compañía –ninguna determinada– de viajes aéreos. Él es el portador de la linterna. Fuera, en el jardín, ante el mirador, queda el confuso grupo de los demás personajes que irán surgiendo en escena según se indica en el diálogo. Hablan entre sí con frases entrecortadas, sin cesar, como dominados por una nerviosa

emoción colectiva. El piloto, más sereno que los demás, ya en el interior de la casa, se dirige a los que están fuera)

PILOTO.—Un poco de calma, por favor. No se muevan de ahí...

ANITA.—*(Fuera)* ¿Y no sería mejor que pidiéramos socorro? A ver, los hombres. ¿Qué hacen los hombres?

JAVIER.—*(Fuera)* ¡Señora! ¿Quiere usted callarse?

ANITA.—*(Fuera)* ¡Maleducado!

TODOS.—*(Fuera)* ¡Oh! ¡Oh!

PILOTO.—Pero ¿dónde estarán las luces en esta casa? *(Entre las sombras, se ve cómo va de aquí para allá la linterna que maneja El piloto. Transcurren así unos segundos escasos, llenos por el ininterrumpido rumor de los que están en el jardín bajo la nieve. Y, al fin, de la oscuridad, brota una exclamación de triunfo del aviador)* ¡Ah! Aquí está.

(El piloto ha descubierto una pantalla a la izquierda, cerca del sofá. Enciende. La escena se ilumina tibiamente. En el grupo de los que están fuera, un profundo rumor de consuelo)

TODOS.—*(Fuera)* ¡Oh!

PILOTO.—¡Gracias a Dios! *(Apaga la linterna. Se la guarda. Mira en torno. Descubre un teléfono sobre una mesita, en primer término, a la izquierda, junto al sofá. Toma el auricular con ansiedad. Golpea la horquilla nerviosamente... Espera. Es inútil. Al fin, abandona de golpe el auricular. Presuroso, se dirige a la puerta de entrada al fondo. Intenta abrir. Pero no puede. La llave está echada. Vivamente, marcha hacia el mirador)* ¡Oh! Salten por aquí. No hay otro medio de entrar. Pero ya tenemos refugio...

(La primera persona que salta⁴ el alféizar del mirador es Anita: una dama en su brillante otoño, con sus encantos, todavía indudables, realzados con cuidadísimo esmero. Traje de viaje. Un leve maletín. Está muy sobresaltada)

ANITA.—¡Qué noche! ¡Ay, Dios mío! Jamás, jamás volveré a viajar en avión. ¡Qué sensación tan horrible! ¡Qué angustia! Y qué rápido ha sido todo...

PILOTO.—Vamos, vamos. Deme la mano.

4 1959, 1967: salva

ANITA.—No veo nada.

PILOTO.—¡Arriba!

ANITA.—¡Jesús! Es la primera vez que entro en una casa por la ventana. Si me vieran mis amigos de Madrid...

(Ya dentro, Anita se sacude, se arregla los pliegues de sus ropas, desciende y pasa a primer término, hacia la izquierda. Mientras, ha entrado Don Joaquín: un buen hombre, que refleja en su rostro la más encantadora inocencia, embutido en un gran abrigo. Ya peina bastantes canas)

JOAQUÍN.—Deje, deje... Puedo yo solo. ¡Je!

PILOTO.—¡Ajajá!

JOAQUÍN.—Gracias... Muchas gracias.

(Entra, y comienza a merodear de un lado a otro, mirándolo todo con mucha curiosidad. Enciende otra pantalla colocada junto a la chimenea. Aumenta, claro es, la luz. En el mirador está ahora Rosa, una mujer muy arrogante. Guapa. Irritadísima en estos momentos)

ROSA.—¡Maldita sea mi estampa! Para que luego me hablen a mí de los aviones. Si por algo no he salido yo en mi vida de la calle de Arlabán.⁵

PILOTO.—¿Cómo se encuentra?

Rosa.—Echando chispas. ¿Es que no se me nota?

(Rosa, entre tanto, ya ha llegado junto a Anita. Y Don Joaquín, muy afable, se acerca a las dos)

JOAQUÍN.—¡Je! Esto de viajar en avión es una lata, digan lo que digan. Nunca sabe uno lo que va a pasar. Una vez, hace dos años, iba yo a Lisboa...

ROSA.—*(Irritadísima)* ¡No!

JOAQUÍN.—¡Señora!

ROSA.—A mí no me cuenta usted lo de Lisboa. ¡Ea!

JOAQUÍN.—Bueno. *(Humildemente)* Si no quiere...

⁵ *Arlabán*: calle madrileña, por la batalla (1836) del mismo nombre, en la primera guerra carlista.

(Y se aleja, resignado. Va a la chimenea y, con unos leños que encuentra próximos, enciende fuego. En el mirador está ahora Avelina, una chica muy joven)

AVELINA.—¡Ay, qué susto! Pero qué susto tan grande. ¿Hay algún herido?

PILOTO.—Ninguno. Todos sin novedad.

AVELINA.—¡Gracias a Dios! *(De pronto, con sobresalto, mirando hacia atrás)* ¡Javier!
¿Dónde te has metido?

JAVIER.—Aquí estoy.

(Y, en efecto, unos segundos antes ha entrado Javier: un muchacho joven, grato, bien vestido)

PILOTO.—¿Y los otros?

JAVIER.—No lo sé. Se han quedado atrás. Es muy difícil dar un paso. Hay mucha nieve, y está tan oscuro...

PILOTO.—Esperen aquí. Les saldré al encuentro...

(El piloto salta al exterior. Vuelve a encender su linterna y desaparece en el jardín)

AVELINA.—*(Apuradísima)* ¡Javier! ¿De verdad estás bien? ¿No te has dado ningún golpe?

JAVIER.—No, no... Nada.

AVELINA.—Mírate bien, por Dios. Que, a veces, en estos casos, hay quien se rompe una pierna y no se entera.

JAVIER.—Pero, mujer, ¿no te digo que estoy bien?

AVELINA.—¡Ay, Dios mío! Y que todo esto haya ocurrido en una noche como la de hoy... *(Y, con muchísimo desconsuelo, se abraza estrechamente a Javier. Este se azara bastante ante la mirada implacable de Rosa)* Oh, Javier, Javier...

JAVIER.—¡Je! Discúlpenla ustedes. Se ha puesto muy nerviosa. Como el susto ha sido tan grande. Parecía que íbamos a estrellarnos...

ROSA.—*(Irónica)* Ya, ya. Pobrecita.

JAVIER.—¡Je! Vamos, Avelina. Serénate. Estás llamando la atención...

AVELINA.—¿De veras? *(Se vuelve rápidamente, y, con su espalda apoyada en el pecho de Javier, se encara con Rosa y Anita, muy risueña y un poco ruborizada)* Pero si es mi marido...

ROSA.—¡Ah! ¿Sí?

AVELINA.—¡Claro! ¿No se había dado usted cuenta?

ROSA.—Pues, hija, la verdad, como estas cosas nunca se saben de seguro...

(Don Joaquín que, tan risueño, se había acercado al grupo, inquiere, muy curioso)

JOAQUÍN.—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

ROSA.—*(Estallando)* ¿Y a usted qué le importa?

JOAQUÍN.—¡Je! Perdona...

(Y, tan cortés, se retira, sube al fondo y se queda allí junto a la cristalera, de cara al jardín)

ROSA.—¡Jesús! Este hombre me pone nerviosa... Siempre está en medio. Todo lo quiere saber. Es un pelma. Lo que se dice un pelma...

(En el mirador aparece ahora, sola, La muchacha: una chica joven, de aspecto descuidado, pero graciosa. Pantalones, «sweter», un chaquetón. Lleva un minúsculo maletín, casi como una cajita de cuero, del que no se separa. Anita, cuando la ve, pega un respingo)

ANITA.—¡Ay! Lo que nos faltaba. Esta chica es francesa y no habla ni una palabra de español. Me di cuenta en Barajas. *(A Rosa)* ¿Habla usted francés?

ROSA.—¿Quién? ¿Yo? *(Con mucho orgullo)* Ni pizca.

ANITA.—Yo tampoco. Porque con lo poquito que sé me hago unos líos tremendos. *(Un suspiro)* Pues estamos listas...

(La muchacha, que está mirando⁶ a todos con aire desvalido, se acerca a Anita tímidamente)

MUCHACHA.—*Ecoutez-moi, madame. Parlez-vous française, s'il vous plait?*

ANITA.—¡Ay, Jesús! Ya estamos.

ROSA.—¿Qué ha dicho?

ANITA.—Pues eso que dicen siempre los franceses para empezar. Porque, eso sí, a pesar de que nadie los entiende, son unos charlatanes...

ROSA.—¡Ah! ¿Sí?

6 1959, 1967: mirándolos

ANITA.—¡Huy! No quiera usted saber. En París hablan por los codos...

ROSA.—Pues déjeme usted a mí. Ya verá. (*Y con toda decisión, se planta ante la atónita muchacha y le habla muy despacio,⁷ silabeando muchísimo*) Mire usted, señorita. Acabamos de tener una avería, como usted sabe, y el avión ha tenido que aterrizar donde menos esperábamos. Después, como ahí fuera, en el campo, hace un frío que no lo aguanta un cristiano, como pasa siempre en el campo, maldita sea, que yo no sé cómo hay a quien le gusta, hemos tenido que asaltar esta casa para no morirnos a la intemperie, víctimas del campo. De manera que lo mejor que puede usted hacer es esperar, calladita, a ver en qué acaba todo esto. ¿Entendido? Pues, hala. (Y, muy satisfecha, regresa junto a Anita) ¿Ha visto usted? Si, después de todo, es muy fácil...

Anita.—Verdaderamente...

Rosa.—Y digo yo: ¿cómo se atreverán a andar por el mundo estos franceses que no saben más que el francés?

Anita.—¡Calle usted: son incorregibles!

(La muchacha, que ha mirado a Anita con los ojos muy abiertos, mira en torno con desolación, baja la cabeza y, al fin, humildemente, va despacito hasta la chimenea, se sienta sobre la alfombra y se queda con los ojos fijos en las llamas. De cuando en cuando, dirige furtivas miradas a los demás. En el mirador, precedida por El piloto, aparece Elvira. Muy bien vestida, con sombrero y abrigo de viaje)

PILOTO.—Con cuidado.

ELVIRA.—Gracias.

(Entra. Los demás se vuelven hacia ella y la miran con curiosidad)

PILOTO.—¿Muy nerviosa?

ELVIRA.—Un poco, como todos. Pero pasará pronto. ¿Dónde cree usted que estamos?

7 1959, 1967: *despacito*

PILOTO.—Cerca de los Pirineos. Unos kilómetros más allá, y el aterrizaje hubiera sido imposible. *(Pensativo)* Realmente, el hecho de que estemos aquí todos, sanos y salvos, resulta algo sobrenatural. No lo comprenderé nunca...

ELVIRA.—¡Dios mío! ¿Y esta casa?

PILOTO.—¡Cualquiera sabe de quién será esta casa! Pero es el único refugio que se distingue por aquí. Todo lo demás es un inmenso campo cubierto de nieve. La verdad es que también esta casa parece otro milagro...

(El piloto, que ya está otra vez junto a la cristalera, brinca al jardín. Desaparece. Elvira, sola en el centro, mira a los demás y sonríe)

ELVIRA.—Buenas noches.

JAVIER.—Buenas noches.

ELVIRA.—*(Sonriendo)* Parece como si nos viéramos ahora por primera vez...

ANITA.—Lo que pasa en los viajes... En Barajas, al subir al avión, ni siquiera nos hemos saludado.

(Elvira muy despacio va hasta⁸ la chimenea. Una vez allí extiende sus manos hacia el fuego. Se queda mirando a La muchacha y sonríe cariñosamente)

ELVIRA.—Buenas noches, pequeña.

ANITA.—Inútil...

ELVIRA.—*(Volviéndose)* ¿Cómo?

ANITA.—No se moleste. Esa chica es francesa y no entiende una palabra de español.

ELVIRA.—¡Ah! ¿No? Bueno. Pero eso no importa. Yo hablo bastante bien el francés.

(Y se vuelve cariñosamente hacia La muchacha. Esta, al oír las últimas palabras de Elvira, se incorpora vivamente, como asustada, y retrocede. Todos hacen un movimiento de sorpresa. La muchacha los mira un instante, como si la persiguieran. Después, con un inconfundible afán de huir, cruza la escena)

8 1967: hacia

y, subiendo aprisa la pequeña escalera, desaparece. Todos se quedan boquiabiertos. Un silencio)

ANITA.—¿Han visto ustedes?

AVELINA.—¡Qué muchacha tan extraña!

JAVIER.—Parece asustada... ¿Por qué?

(Elvira, que ha escuchado en silencio, sonrío y marcha hacia la puerta de la derecha)

ELVIRA.—Con permiso de ustedes, voy a curiosear un poco por ahí dentro. Una casa deshabitada es una tentación.

(Y marcha. Cuando ya está a punto de salir por la primera puerta de la derecha, se detiene, porque Anita la llama)

ANITA.—¡Espere!

ELVIRA.—Diga.

ANITA.—¿Puedo hacerle una pregunta?

ELVIRA.—¿A mí? ¡Naturalmente!

ANITA.—Por curiosidad... ¿Viaja usted sola?

ELVIRA.—*(Un silencio)* Sí.

ANITA.—¡Ah! *(Elvira vacila un instante. Pero luego, con resolución, sale. Se miran, casi involuntariamente, todos los que quedan en escena)* ¡Qué raro!

ROSA.—¿Qué es lo que es raro?

ANITA.—Muy sencillo. Que yo juraría que esta señora no viaja sola. Y cuando yo lo digo... Porque a mí no se me escapa nada. Ni siquiera en las catástrofes.

ROSA.—Pero entonces, si esa señora no viaja sola, su acompañante tiene que ser uno de nosotros...

ANITA.—¡Claro!

ROSA.—¡Ah!

(Javier y Avelina están en primer término a la izquierda, muy juntos)

AVELINA.—*(Muy bajo)* ¿Has oído?

JAVIER.—¡Calla! A ti no te importa. Tú no te separes de mí, oigas lo que oigas y pase lo que pase. ¿Te enteras?

(Hay un silencio. Anita y Rosa se han aproximado a la chimenea. Don Joaquín sigue inmóvil, en un sillón junto al mirador. Rompe el silencio con su tono pacífico de siempre)

JOAQUÍN.—Realmente, cuando a mí me pasó aquello de Lisboa...

(Rosa, que salta furiosa, como movida por un resorte, le corta)

ROSA.—¡Cállese!

ANITA.—Pero, mujer...

ROSA.—¡No puedo más, no puedo más! ¡Estoy muy nerviosa...!

JOAQUÍN.—*(Resignadísimo)* ¡Bueno, bueno...! Me callaré.

(Y se recluye más aún, dentro de su sillón. Por donde se fue, aparece Elvira)

ANITA.—Qué, ¿ha encontrado usted algo interesante?

ELVIRA.—Nada... *(Sonríe)* Todo está abandonado y cubierto de polvo.

ANITA.—¡Qué horror! Nos pondremos perdidos...

ELVIRA.—Hay un calendario viejo, con todas las hojas arrancadas. Hay un piano, con una partitura abierta... Algo de Beethoven.

ANITA.—¡Qué bonito!

ELVIRA.—Nada de particular. Esta debe de ser una de esas casas que los propietarios solo habitan en verano... Gente rica, seguramente. *(Durante el diálogo anterior, Elvira ha cruzado la escena. Se sienta allí, en el mirador, frente a Don Joaquín)* ¿Creen ustedes que nos detendrán aquí mucho tiempo? Porque estoy deseando llegar a París...

(Anita va hacia Elvira, muy afable, con una irreprimible curiosidad que apenas puede contener)

ANITA.—¿Conoce usted París?

ELVIRA.—No, no conozco París. Y le advierto que he viajado bastante. De chiquilla estuve dos años en un colegio de Irlanda. Después, pasé un verano en Suiza. Luego, en el viaje de novios, recorrimos media Italia: Roma, Nápoles, Venecia, Florencia... ¡Qué sé yo...! En fin, conozco hasta Mallorca.

ANITA.—¡Qué barbaridad! *(Transición)* Y ahora, ¿piensa usted estar mucho tiempo en París?

ELVIRA.—¿Ahora? *(Un silencio)* Toda la vida.

ANITA.—¡Ah! *(La mira intrigadísima. Después, despacito, marcha hacia Rosa. Cuchichea)* ¿Ha oído? Comprenderá usted que nadie se queda en París toda la vida así como así...

(En este momento en el jardín, ante la cristalera, aparecen, guiados por El piloto, El muchacho, El padre José y El buen señor. Ayudados por El piloto o no, según se indique en el diálogo, van entrando por el mirador. Marcos, el primero: es un hombre desenvuelto, mundano)

PILOTO.—¡Adelante!

MARCOS.—Gracias. No se preocupe por mí.

(Entra El muchacho: muy joven, muy desaliñado, la cabeza descubierta, el pelo en desorden sobre la frente. Rechaza con displicencia la mano que le tiende El piloto)

MUCHACHO.—Quite... No hace falta.

(Aparece Valentín. Algo más de cincuenta años. Gran abrigo, sombrero, bufanda. Todo en él puede ser vulgar, salvo su rostro. En los ojos le brilla una chispa de inteligencia. Sonríe francamente⁹)

VALENTÍN.—¡Je! Agradecido. ¡Qué nohecita!

(Entra El padre José. Es un sacerdote muy joven, un muchacho de rostro jovial e ingenuo, bastante descuidado en su atavío. Se ha liado al cuello una bufanda de lana)

PADRE JOSÉ.—¡Je! Gracias... Muchas gracias.

(Entra un individuo menudo, rechoncho, vulgarísimo, de rostro risueño y bonachón. Le llamaremos simplemente El buen señor. Se frota las manos; conserva encasquetado su sombrero. Es el único

9 1959, 1967: frecuentemente

pasajero que se protege de la lluvia con un paraguas, que cierra al entrar)

EL SEÑOR.—Qué, ¿ya estamos todos?

PILOTO.—Todos. Por suerte, este era un viaje de pocos pasajeros. Esta época del año es mala para el turismo...

(El buen señor está mirándolo todo con sincera y gozosa admiración)

EL SEÑOR.—¡Caramba! ¡Qué casa! Pero ¡qué casa...! Debe ser una maravilla sentirse dueño de todo esto. En pleno campo...

(Y, siempre lleno de admiración, desaparece por la segunda puerta de la derecha. La colocación de los demás personajes en este momento es la siguiente: Don Joaquín continúa en el sillón del mirador. Elvira, sola, en el sofá, a la izquierda. Anita, sentada en un gran sillón junto a la chimenea. A su lado, en pie, Rosa. Javier y Avelina, muy juntos, ante la puerta cerrada del fondo. El muchacho, en pie, negligentemente apoyado en la barandilla de la escalera. Marcos, El padre José, Valentín y El piloto, en la meseta del mirador)

ROSA.—Bueno. Y ahora que ya estamos aquí todos, sanos y salvos, ¿qué va a pasar?

ANITA.—¿Ahora? Pues, hijita, lo natural: que este señor y sus compañeros, que saben muchísimo de aviones, arreglarán en un momento la avería esa, y dentro de un rato todos estaremos en París... *(Y se dirige amablemente al Piloto, con la más encantadora de sus sonrisas)* ¿No es eso?

(Todas las miradas se clavan en El piloto. Este, despacio, baja del mirador)

PILOTO.—Pero, señores... Creí que todos lo habían comprendido. Ya no hay que pensar en reanudar el viaje esta noche.

(Un sobresalto general. Los que están sentados se ponen en pie. Rosa, Anita y Avelina van hacia El piloto y le rodean, como acosándole)

TODOS.—¿Qué?

ROSA.—¿Qué dice usted?

ANITA.—¿Se ha vuelto loco?

AVELINA.—Pero, hombre...

ELVIRA.—(*Con angustia*) ¡No querrá usted decir que vamos a pasar la noche en esta casa...!

PILOTO.—No veo otra solución para ustedes. Es imposible que puedan socorrernos hasta que se haga de día. Estamos perdidos en medio del temporal y absolutamente incomunicados. Ni siquiera funciona este teléfono...

ANITA.—¿Que no funciona? ¡Eso lo veremos! (*Y se lanza al aparato y marca un número, nerviosamente*) ¡Oiga, oiga...!

ROSA.—¿Adónde llama usted?

ANITA.—A mi casa.

ROSA.—¡Anda! Pero ¿se olvida usted de que estamos a muchos kilómetros de Madrid?

ANITA.—¡Ay, Dios mío! ¡Si es que no sé lo que hago! (*Golpeando nerviosamente en la horquilla*) ¡Oiga! ¡Oiga!

PILOTO.—Es inútil. Ese aparato no tiene corriente...

ANITA.—¡Oh! (*Se vuelve y mira en torno con desolación*) ¡Pero, señores, esto es el colmo...!

AVELINA.—(*Bajísimo, con estupor*) ¡Es fantástico...!

ANITA.—¡Ah, no! Pues conmigo no cuenten. Yo no puedo quedarme aquí. ¿Cómo voy a pasar la noche en una casa donde no he sido invitada? Sería la primera vez...

AVELINA.—¡Naturalmente! Esta señora tiene toda la razón. Nosotros tenemos que estar en París esta noche. Esta misma noche...

ROSA.—¡Ah! ¿Sí? (*Soliviantadísima*) ¡Pues yo también, para que se entere...!

JOAQUÍN.—A mí me da lo mismo. (*Amablemente*) En París, no tengo nada que hacer...

ANITA.—(*Furiosa*) ¡Usted se calla!

JOAQUÍN.—Sí, señora.

ANITA.—Todo esto es increíble. Debe de haber algún medio para que esta noche, esta misma noche, lleguemos a París. Si ese maldito avión no sirve, habrá otro, ¡idigo yo! Un tren especial. Coches...

(*De pronto, Elvira se yergue y se dirige al Piloto con la voz velada por la angustia*)

ELVIRA.—¡Por Dios...! Haga usted algo. Un milagro. Pero llévenos a París esta noche.

PILOTO.—Lo siento...

ELVIRA.—¡Oh!

Piloto.—No se puede hacer nada, créamel0. Estamos tan contrariados como ustedes. Permítanme que les pida todas las disculpas en nombre de la Compañía...

Anita.—¡Oh, la Compañía...!

Piloto.—Confío en que mañana por la mañana serán ustedes trasladados al aeropuerto más próximo, y en otro aparato se continuará el viaje a París. Si alguno de ustedes desiste, podrá volver a Madrid. Ahora, por favor, un poco de paciencia. Son unas horas... Una noche. Esta casa es lo suficientemente grande como para que todos ustedes descansen con cierta comodidad. ¡Ah! Y no se preocupen por nada. La Compañía dará toda clase de satisfacciones al propietario de la finca... Buenas noches.

(Abre la hoja del mirador, salta y desaparece en el jardín. Un silencio. Anita se revuelve)

ANITA.—¡Oiga, oiga...! *(Se queda inmóvil. Con ansiedad recorre con los ojos el semblante de cada uno de los demás)* Pero, ¿es que no vamos a hacer nada? ¿Por qué se quedan ustedes callados?

(Otro silencio. Por la segunda puerta de la derecha surge El buen señor, contentísimo)

EL SEÑOR.—¡Una cama! Ahí hay una cama... Una cama con mantas y un edredón de seda...

ANITA.—*(Furiosa)* ¡¡Cállese!!

EL SEÑOR.—*(Estupefacto)* Pero...

ANITA.—¡Le digo que se calle!

EL SEÑOR.—Bien, bien. Disculpen... Pero yo, yo tengo sueño.

(Y se marcha muy digno por la segunda puerta de la derecha)

10 1959, 1967: *créanme*

ANITA.—Hay que hacer algo... No podemos permanecer aquí encerrados toda la noche. Hay que hacer algo. *(Mira alrededor de sí misma, como buscando. Con ansiedad da un paso hacia el sacerdote)* ¿Qué dice usted, padre?

PADRE JOSÉ.—¡Huy! *(Sonríe)* Yo no sé qué decir. Como es la primera vez que viajo en avión, no tengo costumbre...

ANITA.—¡Oh! *(Va hacia Marcos, que, indiferente a todo, tranquilo, sereno, está allá, en el fondo, fumando un cigarrillo)* ¿Qué piensa usted?

MARCOS.—Nada... ¿Para qué?

(Anita gira y va hacia la escalera, encarándose con El muchacho, que está como ausente)

ANITA.—¿Y usted?

MUCHACHO.—Oiga. A mí, déjeme usted en paz...

ANITA.—¡Grosero!

TODOS.—¡Oh!

ANITA.—¡Grosero, más que grosero!... *(Está muy excitada. Va de un lugar a otro. Se deja caer en un sillón y gime, muy bajo)* ¡Yo tenía que estar en París esta noche, Dios mío! ¡Yo tenía que estar en París esta noche!...

(Se seca unas lágrimas. Poco a poco, en medio del silencio general, se calla. Avelina se estrecha más contra el pecho de Javier. Elvira, inmóvil, tiene los ojos clavados en la alfombra... Marcos fuma, con la cabeza baja. El muchacho mastica algo. Valentín, un poco aislado de los demás, en primer término, a la izquierda)

VALENTÍN.—Bien. Después de todo, este no es un mal refugio. ¡Buena finca! Cómoda, agradable... ¡Una delicia! *(Transición)* Por cierto, ¿no les parece a ustedes que lo primero que deberíamos hacer es dar un vistazo por ahí dentro? Porque la noche todavía es larga. Faltan algunas horas hasta que se haga de día. Y digo yo que cada uno tendrá que elegir su rincón para echar un sueñecito...

ANITA.—*(Dolorosamente)* Pero ¿cree usted que podremos dormir?

VALENTÍN.—¿Por qué no? Si no hay fantasmas...

(Anita, Rosa y Avelina, sobresaltadísimas, chillan al unísono)

LAS TRES.—¡Ayyy!

AVELINA.—¡No! ¡Eso, no! ¡Fantasmas, no! ¡Fantasmas, no!...

ANITA.—¡Por Dios! No lo diga ni en broma...

(Ríe Valentín. El padre José, muy divertido también, avanza y se sitúa entre Anita y Rosa)

PADRE JOSÉ.—¡Ea! Este señor tiene muchísima razón. Por mi parte, estoy dispuesto a comenzar la exploración de la casa ahora mismo. ¿Quién me acompaña?

ROSA.—*(Irritadísima)* ¡Vamos! ¡Maldita sea mi sombra!

PADRE JOSÉ.—*(Casi asustado)* ¡Señora!

(Salen El padre José, Anita y Rosa por la primera puerta de la izquierda. En seguida, El muchacho se va, silenciosamente, por la segunda puerta del mismo lado. Marcos, tranquilo, como siempre, sin inmutarse, sale por la primera puerta de la derecha. Elvira sube los pocos peldaños de la escalera y desaparece. Quedan en escena Avelina con Javier y, lejos, en el mirador, Don Joaquín y Valentín)

AVELINA.—*(Muy bajo)* ¡Javier! No me atrevo a mirar a nadie. Tengo miedo de que me lo lean en la cara.

JAVIER.—¡Calla! Ven conmigo.

(La toma del talle y se la lleva por la primera puerta de la derecha. Quedan en escena Valentín y don Joaquín. Un silencio. Valentín, despacio, baja del fondo y llega hasta la chimenea. Allí se queda como ensimismado, los ojos fijos en los leños que arden, mientras don Joaquín sonrío bondadosamente)

JOAQUÍN.—¡Je! ¡Qué curiosa situación! ¿No cree? He aquí unas cuantas personas que hace unas horas, cuando subíamos al avión en Barajas, no nos conocíamos... Como que ni siquiera nos hemos saludado. Y ahora, queramos o no, hemos de pasar juntos toda una noche, bajo el techo de una casa desconocida. *(Se calla. Como para sí mismo)* Y ¿quiénes somos? ¿Quién es cada uno de nosotros? *(Se vuelve. Ve a Valentín, que, callado, sigue como ausente)* ¡Chiss! Oiga.

VALENTÍN.—Diga...

JOAQUÍN.—¿Sabe usted que entre nosotros viaja un policía?

VALENTÍN.—*(Sorprendido)* ¿Un policía?

JOAQUÍN.—¡Chis! (*Misteriosamente, pero encantado*) ¡Entérese, entérese! Aquí, aquí hay un policía; pero no es un policía corriente, no, señor. Es un policía que viaja como un viajero más. De incógnito, ¡vaya! Para pasar inadvertido. Como que nadie lo sabe. Ni siquiera los pilotos. (*Sonríe*) Yo, sí. ¿Comprende? Me enteré, por pura casualidad, en el aeropuerto, antes de subir al avión. Claro que no he hablado de esto con nadie. Solo con usted, nada más. ¡Je!

VALENTÍN.—Pero... ¿Está usted seguro?

JOAQUÍN.—Seguro, segurísimo... Si yo le dijera a usted por qué estoy tan seguro... Pero, no. ¡Eso, no! ¡Eso, no! No lo diré. El caso es que uno de los viajeros es policía...

VALENTÍN.—(*Pensativo*) ¡Un policía aquí! ¿Por qué?

JOAQUÍN.—¡Ah! Eso... (*Durante un silencio brevísimo se miran. En seguida, Don Joaquín baja la cabeza y marcha hacia la izquierda*) Bueno. La verdad es que no sé por qué le he dicho a usted todo eso... ¡Je!

(Y tranquilamente, con las manos a la espalda,¹¹ se va por la primera puerta de la izquierda. Valentín le ve marchar en silencio. Ya está solo. Muy despacio, muy pensativo, mira en torno. Sube hasta la cristalera. Se queda de espaldas al público, ante las sombras de la noche que envuelven el jardín. Ya no nieva. Una corta pausa. Y al instante, comienzan a entrar los diferentes personajes que salieron, excepto El buen señor. Dejaron dentro sus paquetes, sus maletines, algunos hasta el abrigo. La muchacha entra, al mismo tiempo que Elvira. Las entradas de unos y otros, en este momento, se realizarán cuando convenga al diálogo)

Anita.—¡Ay! No conozco a los dueños de esta casa; pero la verdad es que no me son simpáticos. Todo está lleno de raquetas, patines y balones... Deben de ser de esa gente horrible que se pasa la vida haciendo deporte.

Avelina.—Tienen un tocadiscos buenísimo. Pero no hay más que un disco...

Anita.—¿Cuál?

AVELINA.—«Suspiros de España».¹³

¹¹ 1959, 1967: *cruzadas a la espalda*

¹² 1959: *Deben*

¹³ *Suspiros de España*: pasodoble compuesto por Antonio Álvarez Alonso en 1902.

Anita.—¡Jesús! ¡Qué patriotismo! ¡Cuando yo digo que estos hacen mucho deporte...!

Rosa.—Oiga. En la cocina hay té y azúcar, y hasta un poco de «whisky»...

ANITA.—¡Qué bien!

Rosa.—Lo digo por si alguno quiere reponerse. Yo no necesito nada. He traído café en un termo.

Anita.—Pero ¡qué amable es usted!

Joaquín.—(Tímidamente) Yo he visto ahí dentro esta baraja y me he permitido tomarla. De manera que si alguno de ustedes quiere, podemos echar una partidita...

Marcos.—(Seco) No... Gracias.

Joaquín.—(Dulcemente, resignado) Bueno, bueno...

(Y, con un suspiro, se sienta en el mirador, ante la mesita, y comienza a hacer solitarios. Los demás se acomodan aquí y allá en los diversos sillones. Alguno se queda en pie. La muchacha, silenciosamente, se separa de Elvira y se sienta en los peldaños del mirador. El muchacho, en pie, cerca de la chica, se apoya en la barandilla de la escalera. Elvira se acomoda en el sofá. Hay un silencio. De pronto, Valentín se planta en el centro... Muy brillante)

VALENTÍN.—¡Señores! Tengo una idea. ¿Qué les parecería a ustedes si, para pasar la velada de un modo distraído, nos presentáramos los unos a los otros?

(Un movimiento de satisfacción en Rosa, Anita, Avelina, Don Joaquín y El padre José. Los demás se quedan absolutamente indiferentes)

AVELINA.—¡Ay! ¡Sí, sí!...

JOAQUÍN.—¡Hombre! En eso mismo estaba pensando yo...

PADRE JOSÉ.—¡Qué buena ocurrencia!

VALENTÍN.—¿Le gusta?

PADRE JOSÉ.—¡Huy! ¡Me encanta! Porque la verdad es que yo soy muy charlatán, ¿sabe? Y no puedo estar mucho tiempo callado.

VALENTÍN.—¡Bravo!

ROSA.—¡Ay! ¡Qué simpático es este cura! Me gusta.

ANITA.—(Con ojo crítico) Y a mí. A mí también me gusta...

PADRE JOSÉ.—(Casi ruborizado) ¡Je! Muchas gracias. Es favor...

ANITA.—Y eso que, con franqueza, padre, cuando le vi a usted subir al avión en Barajas, me pareció usted uno de esos sacerdotes modernos, tan campechanos, que me fastidian muchísimo, la verdad. Venga usted aquí. Siéntese a mi lado. Hable usted el primero. Porque estoy segura, segurísima, de que en Madrid usted y yo tenemos muchos amigos comunes...

PADRE JOSÉ.—¡Ca! No creo. Yo soy un cura de suburbios.

ANITA.—(Con espanto) ¡No!

PADRE JOSÉ.—Sí, sí...

ANITA.—¡Jesús! Cuánta abnegación. Es un santito. ¡Un santito!

PADRE JOSÉ.—(Muy alegre) ¡Qué va! Pero si yo lo paso tan ricamente...

ANITA.—¿Es posible?

PADRE JOSÉ.—Sí, señora. Yo nací en una casa muy humilde. Por eso soy feliz allí, en mi barrio, entre mi gente. Si algún día caen ustedes por aquellos andurriales, pregunten, pregunten por el padre José, y verán cómo cualquiera les da razón. Y no crean, no crean que todo son penas entre la gente pobre. ¡Quia! También sabemos divertirnos un poquito. A mí me gusta mucho el cine, ¿saben ustedes? (*Un suspiro*) Lo malo es que las señoras de la parroquia no me dejan ver más que las del Oeste... Me tienen frito. ¡Je! También tenemos un cuadro artístico. Y todos los años hacemos «El Divino Impaciente».¹⁴ Además, hay un equipo de fútbol.

Javier.—¿Le gusta a usted el fútbol?

Padre José.—¡Oh, no sabe usted! Ayer jugamos contra los de Villaverde,¹⁵ y les ganamos. Y, según dicen mis chicos, yo estuve muy bien...

Javier.—(Con cierto susto) Pero ¿usted juega, padre?

Padre José.—Hombre... Yo soy el árbitro.

Javier.—¡Ah!

Padre José.—Y cuando acabó el partido, los muchachos de mi equipo hasta me aplaudían y todo...

Javier.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué decían los otros?

Padre José.—Nada... (Tiernamente) ¡Pobrecitos! ¿Qué iban a decir? Como soy cura...

Javier.—¡Qué barbaridad!

Avelina.—¡Ay, qué padre este!

Padre José.—¡Je! Son buenos. Me quieren. Claro que siempre hay algún tozudo, más que tozudo, que no cree en Dios. La culpa de todo la tiene Madrid. Está

¹⁴ *El Divino Impaciente*: obra teatral estrenada por José María Pemán en 1933.

¹⁵ *Villaverde*: popular distrito situado en la zona sur de Madrid.

tan cerca... Por la noche, cuando se encienden las luces, se ve cómo brilla todo, tan alegre, tan hermoso, tan grande. En nuestro barrio todo está sucio y lleno de polvo. ¡Una pena! De vez en cuando, llegan unas señoras muy elegantes, así como ustedes, y dicen que van a transformar el suburbio y que van a hacer una calle por aquí y otra por allá. Y casas con terrazas y flores en los balcones. Y una parroquia nueva. Pero se van y no vuelven. ¡Bah! Para mí, que son cosas de mujeres... (Transición. Baja la cabeza. Luego se ruboriza al observar que todos le miran) ¡Anda! Se me olvidaba decirles a ustedes por qué voy a París. Resulta que en estos días se está celebrando allí un Congreso de Jóvenes Obreros Católicos. El asesor de los chicos españoles se ha puesto enfermo y el señor obispo ha resuelto que vaya yo a sustituirle. ¡Yo! ¡Figúrense ustedes! Como nunca he salido del barrio, tengo un apuro... Menos mal que voy bien preparado, eso sí. Me he comprado un plano de París. (Se calla de nuevo. Mira a los demás, con timidez, y sonrío, casi sonrojado) Bueno. Ya saben ustedes quién soy. En el fondo, señora, un cura de esos que a usted no le gustan...

ANITA.—(Bajito) ¡Por Dios, padre!...

PADRE JOSÉ.—¡Je! Y ahora, ¿quién habla? Vamos a ver...

(Un ligerísimo silencio, durante el cual se miran unos a otros con indecisión. Bruscamente, La muchacha se pone en pie. Todos la miran. Ella baja la cabeza y, entre la atención general, cruza la escena despacito y sale por la primera puerta de la derecha. Todos se miran un poco sorprendidos)

AVELINA.—¡Ay! ¡Pero qué rarísima es esta chica!

VALENTÍN.—¡Je!

AVELINA.—Me está poniendo nerviosa. *(Otro silencio casi imperceptible. Dentro, en la habitación contigua, suenan, al piano, las primera notas del «Para Elisa», de Beethoven.¹⁶ Todos miran hacia la puerta por donde salió La muchacha. Avelina da un paso y se asoma)* ¿Oyes, Javier? Está tocando el piano.

(El muchacho se incorpora)

MUCHACHO.—Buenas noches.

ANITA.—¿Adónde va usted?

¹⁶ *Para Elisa*: bagatela para piano solo, publicada en 1867.

MUCHACHO.—¡Pche! Por ahí dentro. A ustedes no les importa saber quién soy yo. A¹⁷ mí no me interesa nada saber quiénes son ustedes. ¿Para qué? Mañana nos separaremos y no nos volveremos a ver más...

ANITA.—(Con enorme indignación) ¡Descarado!

MUCHACHO.—Conque, lo dicho...

(Y, despacito, tranquilo, casi desafiante, cruza la escena y desaparece por la misma puerta por donde salió La muchacha. Hay como un suave rumor entre los presentes. Cesa de oírse el piano)

ANITA.—¡Grosero! ¡Mal educado! No soporto a este chico. Me crispa los nervios. Bueno, en general, los muchachos de ahora son inaguantables. Siempre parece que están enfadados por algo. Antes, no éramos así. Éramos verdaderos jóvenes: alegres, simpáticos, divertidos. ¡Ay! Yo no lo puedo remediar. Sufro mucho en estos tiempos. Como soy tan católica y tan de derechas... *(Se queda mirando a todos, muy satisfecha de sí misma, y sonríe)* Me llamo Ana María; pero todos ustedes pueden llamarme Anita... Lo prefiero. *(Muy rápida)* Soy viuda.

ROSA.—¡Me lo estaba figurando!

ANITA.—¿Usted también es viuda?

ROSA.—Pues, para el caso...

ANITA.—¡Ah, ya! *(Transición)* Era un santo mi pobre marido. Un verdadero santo. ¡Y tan sufrido! ¡Oh! Cuando llegó la guerra, como vivíamos en Madrid, pues, naturalmente, le metieron en la cárcel. Después, nos pasamos a San Sebastián... Y lo volvieron a meter en la cárcel.

ROSA.—¿Otra vez?

ANITA.—Sí, sí...

ROSA.—Oiga: pero ¿qué ideas tenía su marido?

ANITA.—Pues, hija, eso dependía de la cárcel...

PADRE JOSÉ.—¡Claro! ¡Pobre señor!

ANITA.—El pobrecito murió hace diez años...

ROSA.—¿En la cárcel?

ANITA.—¡Oh, no! Nada de eso. Poco tiempo después, se casó mi única hija. Y desde entonces, ya pueden ustedes imaginar cómo es mi vida, en medio de la más espantosa soledad. Una soledad muy triste y muy dolorosa para una

17 1959, 1967: Ya

mujer que todavía es joven... ¡Ah! Y si ustedes quieren que les diga el motivo de mi viaje, se lo diré. Porque la verdad es que no puede ser más inocente. De vez en cuando, para huir de esta soledad, hago una escapadita a París. Tengo allí una íntima amiga. Vivo en su casa unos días y aprovecho para ver en las tiendas las últimas novedades.

(Valentín, que la estuvo mirando con mucha atención mientras hablaba, sonrío)

VALENTÍN.—¡Hola! ¿Y esa es¹⁸ la única razón de su viaje a París?

ANITA.—*(Desconcertada)* ¡Ay! Pero ¿por qué me hace usted esa pregunta?

VALENTÍN.—¡Señora! Porque oyéndola a usted hace unos minutos cualquiera hubiera creído que para usted era cuestión de vida o muerte llegar a París esta noche...

ANITA.—*(Indignada)* ¡Jesús! Pero qué impertinente y qué curioso es este señor... Oiga. ¿Quién es usted?

AVELINA.—¡Claro! ¡Que lo diga!

VALENTÍN.—*(Sonriendo)* Bueno, bueno... No se preocupen ustedes por mí. No merezco la pena, de verdad. Les aseguro que aquí, entre nosotros, hay personas mucho más interesantes que yo. *(Y, muy despacito, se encara con Marcos, que en este momento está, en pie, en la mesita del mirador)* Buenas noches, señor Marcos Villanueva.

(En casi todos, al oír el nombre de Marcos, hay un movimiento de curiosidad. Anita y Avelina, maquinalmente, dan un paso hacia el fondo)

ANITA.—¡Ay! Pero ¿usted es Marcos Villanueva?

AVELINA.—¿El escritor?

ANITA.—¡Qué alegría conocerle, señor Villanueva! Yo soy una gran admiradora suya...

AVELINA.—Y yo, y yo...

JAVIER.—¡Naturalmente! Y todos...

MARCOS.—Gracias.

18 1967: es esa

ANITA.—Venga usted aquí. Acérquese. ¡Ay, qué suerte hemos tenido! Un escritor en una reunión resulta algo impagable. Los escritores dicen siempre unas cosas tan curiosas...

MARCOS.—Pero, señora... Si yo no tengo nada que decir.

ANITA.—¿Cómo que no? Un hombre interesante siempre tiene algo que decir...

MARCOS.—Es que, de verdad, yo no soy un hombre interesante...

ANITA.—¡Jesús! ¡Qué modestia! ¿Es usted soltero o casado?

MARCOS.—Soltero...

ANITA.—¡Vamos! Y aún dice que no es interesante...

ROSA.—¿Qué querrá?

JAVIER.—¡Señor Villanueva! ¿Va usted mucho a París?

MARCOS.—Sí... Bastante. Tengo un piso pequeñito en una bocacalle del «boulevard» Montmartre. Tengo amigos... Y paso allí algunas temporadas trabajando.

ROSA.—No me choca. A todos los escritores les gusta París...

JAVIER.—Se comprende. París es tan alegre...

MARCOS.—A mí me gusta París porque es triste...

ANITA.—(*Muy contenta*) Ya, ya está. Ya empieza. ¿No dije yo que los escritores siempre dicen lo contrario de lo que hay que decir?

MARCOS.—En París es donde se refugian todos lo que huyen de algo. Por eso, el aire de París está lleno de nostalgias. Por eso es triste París. Y, por eso, me gusta.

PADRE JOSÉ.—¡Ah! (*Tímidamente*) ¿Es que usted también huye de algo, señor Villanueva?

(Marcos se vuelve, un poco sorprendido, y se queda un instante mirando al padre José)

MARCOS.—Todos huimos de algo. O vamos en busca de algo, que es una manera de huir de todo lo demás. (*Un silencio*) Yo no quiero engañarle, padre. Soy hombre de poca fe religiosa...

PADRE JOSÉ.—¡Je! Comprendo...

(Baja la cabeza. Un repentino¹⁹ silencio)

JOAQUÍN.—¿Y qué escribe ahora, señor Villanueva?

MARCOS.—Pues, desde hace una temporada, solo trabajo para el cine...

¹⁹ 1959, 1967: *pequeñísimo*

PADRE JOSÉ.—¡Hola! Eso me gusta. (*Interesadísimo*) ¿Y qué clase de películas hace?

MARCOS.—Cine católico...

PADRE JOSÉ.—¿Usted?

MARCOS.—Sí.

PADRE JOSÉ.—¡Anda! (*Atónito*) Para que se fíe uno del cine...

(*Otro breve silencio. Marcos, bajo las miradas de todos los demás, sonríe indiferente, casi lejano*)

ANITA.—¡Señor Villanueva! ¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta? ¡Ay, no se extrañe! Yo, siempre que conozco a un hombre ilustre, le hago una pregunta indiscreta. Cuando me presentaron a André Maurois, y le vi delante de mí, con sus barbas y su camisa a cuadros... (*De pronto, se tapa la boca con la mano*) ¡Ay, no! No era ese. Era el otro.

ROSA.—¿Quién?

ANITA.—Uno que parecía un vaquero. Hemingway,²⁰ o así se llamaba... Bueno, pues le hice una pregunta tremenda, tremenda.

ROSA.—¿Y qué contestó?

ANITA.—Nada... Porque el pobrecito no se enteró. Estábamos en un cóctel, y en los cócteles, ya se sabe, usted pregunta, pregunta y no contesta nadie. Pero usted sí me va a responder, señor Villanueva. (*Sonríe con coquetería*) ¿Pregunto?

MARCOS.—(*Sonriendo*) Pregunte...

ANITA.—Ya. (*Un silencio*) ¿Es usted feliz?

MARCOS.—(*Después de otro silencio*) No. Nunca he sido feliz.

ANITA.—¡Ay, pobre!...

MARCOS.—Pero lo seré desde mañana...

AVELINA.—¡Ah!

VALENTÍN.—(*Con mucha atención*) ¡En París!²¹

MARCOS.—Justo... En París.

ROSA.—¡Qué exigente!

AVELINA.—Es maravilloso...

20 *André Maurois*: seudónimo del escritor francés Émile Herzog (1885-1967). *Ernest Hemingway*: escritor estadounidense (1899-1961).

21 1959, 1967: ¿*En París*?

VALENTÍN.—(*Sonriendo*) ¿Han oído ustedes? El pasaporte del señor Villanueva tiene visado para la felicidad. Realmente, por algo así merece la pena hacer un viaje a París...

(*Marcos alza la cabeza hasta Valentín y le mira. De pronto, Avelina, encantadísima, se planta en el centro*)

AVELINA.—¡Ay! (*Mira en torno, como escogiendo. Y de pronto, muy resuelta, se encara risueña con Elvira*) ¡Ahora le toca a usted!

ELVIRA.—(*Sobresaltada, como despertando*) ¿A mí? Pero si yo no tengo nada que contar...

AVELINA.—¿Cómo que no? Aquí, todos tenemos algo que contar. Además, no es necesario que se moleste. Yo pregunto y usted contesta. Una interviú. Así resultará más divertido. ¿Empiezo?

(*Elvira sonrío, vencida por la ingenuidad de la muchacha*)

ELVIRA.—Empiece...

AVELINA.—Pues allá voy. ¿Cómo se llama usted?

ELVIRA.—Elvira...

AVELINA.—¡Qué bonito! ¿Vive usted en el barrio de Salamanca?²²

ELVIRA.—¿Cómo lo sabe?

AVELINA.—Porque la gente del barrio de Salamanca tiene algo especial. No sé. Un señorío. Una elegancia. (*Naturalísima*) Yo vivo en Serrano,²³ ¿sabe? Y tengo la impresión de que usted y yo nos hemos encontrado en algún sitio antes de ahora. Vamos, haga memoria. Mire usted, yo, a mediodía, tomo el aperitivo en el café de Roma. Por la noche, en Loto. Y pase lo que pase, meriendo todas las tardes en Manila²⁴...

ROSA.—(*Con un escalofrío*) ¡Jesús! ¡Qué vida!

ELVIRA.—No, no creo que nos hayamos visto antes. Yo apenas salgo de casa...

AVELINA.—Es usted casada, claro...

ELVIRA.—Sí...

22 *Barrio de Salamanca*: distrito madrileño, uno de los más selectos, que debe su nombre a su constructor, el marqués de Salamanca, José María de Salamanca y Mayol (1811-1883).

23 *Serrano*: calle del madrileño barrio de Salamanca; debe su nombre al militar y político Francisco Serrano y Domínguez (1810-1885), Duque de la Torre, que fue regente y presidente de la I República, y vivió en esta calle.

24 *Café de Roma, Loto, Manila*: establecimientos muy populares entonces entre estas damas madrileñas.

AVELINA.—Yo también. *(Y señala, muy orgullosa, a Javier)* Mire. Este es mi marido.

ELVIRA.—Encantada...

AVELINA.—¿Le gusta?

ELVIRA.—*(Sonríe)* Desde luego...

JAVIER.—*(Azoradísimo)* Pero, Avelina...

AVELINA.—¿Verdad, señora, que el matrimonio es algo maravilloso?

(Ya está sentada en el sofá, junto a Elvira. Esta la mira. Luego, mira a Javier; sonrío, vuelve a mirar a la muchacha y, con un involuntario gesto de ternura, le hace una caricia en la cara)

ELVIRA.—¡Qué feliz es usted!

AVELINA.—Muchísimo. ¿Y usted?

ELVIRA.—No... Yo, no.

AVELINA.—¡Ah! Dispense...

(Y, muy azorada, desconcertadísima, se pone en pie y se refugia en Javier. Hay un cortísimo silencio. Todos miran a Elvira)

ELVIRA.—Mi marido está enfermo... Lleva mucho tiempo inmóvil en un sillón. Un accidente. Ocurrió al poco tiempo de nuestra boda. Y desde entonces, desde entonces... *(Bruscamente, se echa a llorar y se tapa la cara con las manos. Con angustia)* Pero, por Dios, no me pregunten más. ¡No me pregunten!

PADRE JOSÉ.—Por favor... ¡Dejen en paz a esa mujer! ¿No ven ustedes que sufre?

AVELINA.—Pero...

JAVIER.—¡Calla tú!

(Todos, sorprendidos, se vuelven hacia Marcos. Luego, involuntariamente, las miradas recaen sobre Elvira)

ELVIRA.—Discúlpenme. No sé cómo ha podido ocurrir. Estoy avergonzada. Por favor... No se ocupen de mí.

(Se recluye más en el sofá. Hay un silencio. Don Joaquín, que hasta ahora ha permanecido entregado a sus solitarios, se incorpora y dice tímidamente)

JOAQUÍN.—¡Chiss! ¿Puedo hablar yo?

ROSA.—*(Casi en un grito)* ¡¡Sí!!

TODOS.—¡Ay!

ANITA.—¡Jesús!

VALENTÍN.—Pero, señora...

ROSA.—¡Sí! ¡Que hable! ¡Que se despache a su gusto! Desde que subimos al avión está usted metiéndose en todo lo que no le importa... Primero me preguntó que a qué hora llegaríamos a París; después me ofreció un cigarrillo; luego, quiso que tomara una píldora contra el mareo. ¡Oh! No puedo más. ¡Señor mío! Entérese de una vez. ¡Es usted un pelma!

JOAQUÍN.—¡Oh!

ANITA.—Pero, mujer...

(Todos miran a Don Joaquín, francamente apurados. Él baja la cabeza y sonrío, con melancolía)

JOAQUÍN.—Sí, señora, tiene usted razón. Yo soy un pelma...

AVELINA.—¡Ay, Javier! Este señor me recuerda a tu padre...

JAVIER.—*(Indignado)* ¿Qué dices?

AVELINA.—¡Huy!

JOAQUÍN.—*(Un profundo suspiro)* Es una fatalidad... Siempre que me acerco a los demás buscando un ratito de charla, un poco de cariño, resulta que a los demás se les pone una cara muy larga y, sin saber por qué, empiezan a ponerse nerviosos. ¡Toma! Como que, en el Casino, ha habido muchos socios que se han dado de baja porque no me pueden resistir...

PADRE JOSÉ.—*(Atónito)* ¡No!

JOAQUÍN.—Que sí, padre, que sí; que soy muy pelma. Pero lo que yo me digo: ¿por qué seré yo así? Porque hay otros que hacen y dicen las mismas cosas que yo y, sin embargo, resultan simpatiquísimos, y la gente se los disputa y todo el mundo los llama. Pero a mí no me llama nadie...

ANITA.—¿Nadie?

JOAQUÍN.—Nadie...

ANITA.—¡Jesús! ¿No tiene usted mujer e hijos?

JOAQUÍN.—¡Qué va! Soy soltero. ¿No ve usted que soy tan pelma? *(Casi risueño)* ¡Je! Ya digo que es una fatalidad. Pero si ustedes supieran cómo me gustaría ser de otro modo. Cómo me gustaría ser alegre y simpático y saber contar chistes muy graciosos, muy graciosos. Cómo me gustaría, Señor, cómo me gustaría... *(Transición. Un poquito ruborizado al ver que las miradas de todos convergen en él)* ¡Je! Ustedes disculpen, que ya me estoy poniendo pesado.

Es lo que me pasa siempre... *(Muy despacio,²⁵ se reintegra al fondo, y una vez arriba, se vuelve y saluda muy fino)* Joaquín Robledo, servidor de ustedes. Mucho gusto. Por mí, ya pueden ustedes seguir, que yo no quiero molestar...

(Se sienta otra vez en su sillón, allá, en el mirador, se sube el cuello del gabán, porque tiene frío. Toma de nuevo la baraja y comienza a hacer solitarios... Un cortísimo silencio. Dentro se oye un grito sofocado de La muchacha, y todos clavan los ojos en la puerta de la derecha)

TODOS.—¿Qué?

ANITA.—¿Qué ocurre?

(En la puerta primera de la derecha surge La muchacha. Se queda allí, como clavada en el umbral, con un gesto de rabia, de ira contenida, como comiéndose las lágrimas. Un sollozo)

MUCHACHA.—¡Oh! *(Entre todos, descubre a Elvira, que continúa sentada en el sofá. Corre hacia ella. Se arroja de rodillas a sus pies y hunde la cabeza en su regazo, como buscando un refugio, mientras solloza sorda y contenidamente)*
¡Oh! ¡Oh!

(Todos miran a La muchacha, estupefactos. Ella sigue llorando)

ELVIRA.—Chiquilla.

AVELINA.—Pero ¿qué ha pasado?

(Y, en el umbral de la primera puerta de la derecha, aparece El muchacho. Tan tranquilo, tan sonriente. Se apoya en una jamba y los mira a todos con una enorme indolencia, con una cínica sonrisa)

MUCHACHO.—¡Je!

(Todos se vuelven hacia él)

25 1959: *despacito*

ANITA.—¡Ah, vamos!

ROSA.—¡Sinvergüenza!!

JAVIER.—¡Hola! Conque ha sido eso...

(Y trata de avanzar airadamente hacia El muchacho. Pero Avelina le sujeta)²⁶

AVELINA.—¡Javier! ¡Por Dios!...

JAVIER.—¡Déjame!

MUCHACHO.—Bueno, bueno... No se alarmen, que no ha pasado nada. Es que por ahí dentro está algo oscuro y se ha asustado. La chica es muy asustadiza.

ANITA.—*(Rabiosísima)* ¡Granuja!

ROSA.—¡Golfo!

MUCHACHO.—¡Je! Paparruchas...

(Y, tan sonriente, y tan dueño de sí mismo, se va por donde vino. Solo Marcos, Valentín y Don Joaquín permanecen ajenos a la indignación general)

TODOS.—¡Oh!

JAVIER.—¡Suéltame! Le voy a contar yo a ese...

AVELINA.—No, Javier. Tú, no.

ANITA.—¡Es un cínico!

ROSA.—¡Un sinvergüenza!

AVELINA.—¡Vamos! Portarse así con una pobre chica... Porque, lo que yo digo, aunque sea francesa, no está bien.

(Elvira acaricia la cabeza de La muchacha, que se incorpora poco a poco)

ELVIRA.—Calla, calla...

ROSA.—*(Con muchísimo coraje)* Los hombres... Todos iguales, imaldita sea su estampa!

PADRE JOSÉ.—Oiga, oiga...

ROSA.—Usted cálese, señor cura. Que usted no es un hombre...

PADRE JOSÉ.—¡Señora!

26 1967: *lo sujeta*

ROSA.—Usted es un santo, que no hay más que verlo. Pero los demás... ¡Huy! Si sabré yo lo que digo, que todo lo que me pasa, incluyendo este accidente de aviación, me pasa por un canalla desagradecido, maldita sea su sombra. Bueno. Ya que estoy en el uso de la palabra, me presentaré. A lo mejor alguno de ustedes me conoce de nombre, porque en Madrid soy muy popular. Me llaman «Rosa la de los brillantes...»

ANITA.—(*Casi con un estremecimiento*) ¡Jesús!

AVELINA.—¡Ay!

ROSA.—Lo de los brillantes me ha quedado, sabe usted, porque me dedico a la compraventa de alhajas...

ANITA.—¿Es que tiene usted una tienda?

ROSA.—Quite usted de ahí. ¿Para qué quiero yo una tienda? Aquí, en el bolso, llevo todo mi negocio... (*Y, con muchísima desenvoltura, abre el bolso y saca varios estuches que brinda a Anita*) Tome. Para que se entretenga. Y si le gusta algo, ya hablaremos del precio... De amiga a amiga.

ANITA.—¿Son legítimos?

ROSA.—Estos, sí...

PADRE JOSÉ.—(*Asustado*) ¡Oiga! ¿Es que, a veces, no lo son?

ROSA.—¡Pche! A veces. Este negocio es muy raro...

PADRE JOSÉ.—¡Ave, María!

ROSA.—Usted cállese, señor cura.

PADRE JOSÉ.—Pero, señora...

VALENTÍN.—Naturalmente, ganará usted mucho dinero...

ROSA.—Bastante, sí, señor. No puedo quejarme, que buena cuenta de duros tengo en el Banco. Y eso es lo que me pierdo: que, como tengo, y tengo este corazón, pues doy lo que tengo, y no tengo nada mío. Y así se aprovecha de una cualquier granuja, que, al fin y al cabo, una es una pobre mujer...

AVELINA.—¡Pobrecilla! (*Muy interesada*) ¿Es que ha tenido usted un amor desgraciado?

ROSA.—¿Uno? (*Con justísimo orgullo*) Más de uno, hija, más de uno...

AVELINA.—¡Ay!

JAVIER.—Ven aquí, Avelina...

ROSA.—Déjela usted, hombre, déjela, que así aprenderá la infeliz para el día de mañana, cuando usted la abandone...

AVELINA.—(*Casi en un grito*) ¡Ay! ¿Qué dice esta mujer?

PADRE JOSÉ.—Pero, señora...

ROSA.—Usted, cálese, señor cura, que de esos²⁷ líos de hombres y mujeres no sabe usted ni pío...

PADRE JOSÉ.—¡Y dale!

ROSA.—...que bien me daría usted la razón si yo le contara. Porque ese canalla...

PADRE JOSÉ.—¿Cuál de ellos?

ROSA.—Hombre... Siempre se refiere una al último.

PADRE JOSÉ.—¡Ah, ya!

AVELINA.—¡Dios mío! ¿Es que la ha abandonado?

ROSA.—Peor. Se ha casado con otra...

AVELINA.—¡Qué infamia!

JAVIER.—Pero, Avelina... ¿Por qué te interesa tanto esta historia?

AVELINA.—Pues naturalmente que me interesa. Siga usted, Rosa.

ROSA.—¿Qué quiere usted que le cuente? Es lo de siempre. Le conocí hace unos años, cuando era estudiante y aún no había terminado la carrera de ingeniero.

AVELINA.—¡Ay, Javier! Ingeniero, como tú...

JAVIER.—Somos muchos...

ROSA.—El mío, entonces, era un pobre chico sin dos pesetas, ¿sabe usted? Yo le ayudé a terminar la carrera. Y después, para que se ganara la vida, como un señor, le puse un negocio de automóviles...

JAVIER.—(*Irritado*) Ven aquí, Avelina. ¿Es que no me oyes?

AVELINA.—Te he dicho que no quiero, ea. Siga usted, Rosa. ¿Y qué pasó después?

ROSA.—¿Después? Lo de siempre. Por lo visto, hace poco conoció a una chica de la buena sociedad. Una noche, hace quince días, me dijo: «Rosa, ya no te quiero»... Y esta mañana se ha casado con ella.

AVELINA.—¡Dios mío! Como nosotros...

TODOS.—¿Cómo?

(Anita, Valentín, el padre José y Don Joaquín, con los rostros sonrientes, rodean a la pareja)

ANITA.—¿Que se han casado ustedes esta mañana?

AVELINA.—Sí, señora. A las doce.

27 1959, 1967: *estos*

JAVIER.—(*Azoradísimo*) En la iglesia de la Concepción²⁸...

ANITA.—(*Enternecidísima*) ¡Hijita! ¿Me permite usted que le dé un beso?

JOAQUÍN.—¡Huy! Con muchísimo gusto...

PADRE JOSÉ.—¡Felicidades!

JAVIER.—¡Gracias!

VALENTÍN.—¡Enhorabuena!

JAVIER.—¡Gracias! Muchas gracias.

JOAQUÍN.—(*Embalado*) Hombre... A propósito de bodas, le voy a contar a usted un chiste.

JAVIER.—(*Asustado*) ¡No! ¡No me cuente usted nada!

JOAQUÍN.—Bueno, bueno. Por mí...

(Todo lo anterior ha sido muy vivo, muy rápido. Ahora, sobre todas las voces se distingue la de Anita)

ANITA.—¡Un momento! (*Todos se callan y atienden*) Pero, señores, si estos muchachos se han casado esta mañana, resulta que esta es su noche de bodas...

AVELINA.—¡Claro!

TODOS.—¡Oh!

AVELINA.—(*Emocionadísima*) Por eso íbamos a París...

TODOS.—¡Oh!

AVELINA.—¿Comprenden ustedes ahora qué desgraciada soy? (*Casi llorando*) Se pasa una la vida pensando en esta noche y, de pronto, ¡pum!, un accidente de aviación. Si hubiéramos ido en coche-cama, como yo quería...

ANITA.—Bueno. Pero a mí me parece que todo puede arreglarse. Esta casa es muy grande, y contando con el permiso del padre José...

PADRE JOSÉ.—¡Señora! ¿Me quiere usted decir para qué hace falta mi permiso?

AVELINA.—(*Sofocadísima*) Por Dios... ¿Se quieren callar? ¿No ven ustedes que me muero de vergüenza? ¡Ay, Javier, Javier!

(Y, llena de sofoco y de rubor, se escapa, huye hasta el fondo y se apoya en la pared, de espaldas al público y a los demás personajes)

TODOS.—¡Oh!

²⁸ Iglesia de la Concepción: templo madrileño de estilo neogótico construido entre 1902 y 1914, situado en la calle Goya, "la" iglesia del inevitable barrio de Salamaca.

ANITA.—¡La pobre!... Es una niña.

JAVIER.—¿Se hacen ustedes cargo? ¡Je! *(Y marcha al fondo, junto a Avelina)* Pero, Avelina, mujer... Escucha.

AVELINA.—¡Déjame, déjame!...

JAVIER.—¡Oh!

(Poco a poco, todos dejan de mirar a la pareja y vuelven hacia sí mismos; sus miradas se encuentran y sonrían)

ANITA.—*(Tiernamente)* ¡Qué cosas! Una noche de bodas en estas circunstancias. Con lo que esta noche significa para una mujer... ¿Verdad, Rosa?

ROSA.—Pues ¿qué quiere que le diga? *(Sinceramente)* En el fondo, yo soy soltera...

ANITA.—¡Ay! Es verdad...

(Don Joaquín, Valentín, Anita y Rosa vuelven a sentarse como estaban. Valentín, que ahora está en el centro, los mira a todos y sonrío)

VALENTÍN.—Bien... No me negarán ustedes que esto de irnos conociendo todos, así, poco a poco, resulta un juego apasionante. Ya, casi, casi sabemos quién es cada uno. *(Sonríe. Va mirando a los demás, de uno en uno, según los alude, con una delicada e imperceptible ironía)* Una dama del barrio de Salamanca. Un escritor famoso. Una viuda distinguida y simpática. Un caballero socio del Casino. Una parejita de enamorados que se han casado esta mañana en la iglesia de la Concepción. Una vendedora de alhajas. Un sacerdote. Esta muchacha... Un buen señor, que se ha quedado dormido en esa habitación, envuelto en su edredón de seda, ajeno a todo, que seguramente en este momento tiene un bonito sueño. *(Vuelve la cabeza hacia la primera puerta de la derecha)* Ese muchacho tan díscolo, tan extraño. Y yo, yo mismo. *(Baja un instante la cabeza, como recapitulando para sí)* Unas pocas personas muy parecidas a las que en cualquier otro momento y en cualquier otro sitio puede reunir el azar como a nosotros nos ha reunido esta noche, en esta casa, un accidente en el avión de París. Todos, todos con nuestro pasaporte en regla y nuestro sencillo pretexto para ir a París. Y, sin embargo...

(Se calla otra vez. Mira en torno despacio, como buscando algo. Anita le observa con curiosidad)

ANITA.—¿Qué busca usted?

VALENTÍN.—(*Lentamente, sonriendo*) El culpable...

(Todos se vuelven hacia él, sin poder reprimir un mudo movimiento de sorpresa)

TODOS.—(*Bajo*) ¿Qué?

AVELINA.—¿Qué dice?

JAVIER.—(*Sonriendo*) ¿El culpable? ¿Como en las comedias policíacas?

VALENTÍN.—(*Sonriendo también*) Casi, casi...

JAVIER.—Pero aquí no se ha cometido ningún delito...

VALENTÍN.—Todavía, no. (*Un silencio*) Esta noche es la víspera...

ANITA.—¿La víspera? ¿Por qué?

VALENTÍN.—Porque aquí entre nosotros, hay una persona que va a París, precisamente, para cometer un delito...

TODOS.—¿Qué?

(Todos se ponen en pie, excepto Valentín. Ha habido una exclamación de estupor colectivo que casi no se oye, que se ahoga en los labios de cada uno. Se miran los unos a los otros inmóviles...)

AVELINA.—¿Aquí?

ROSA.—¿Entre nosotros?²⁹

VALENTÍN.—Alguien que desde que entramos en esta casa trata de pasar inadvertido... Uno de nosotros.

(Hay una pausa tensa, muy corta. Se miran todos entre sí. Las palabras que se oyen están dichas, contenidas por una extrema emoción...)

AVELINA.—¡Javier!

JAVIER.—¡Uno de nosotros!

ANITA.—Pero ¿está usted seguro?

VALENTÍN.—Sí... Estoy seguro.

29 1959, 1967 añaden ANITA: ¿Qué dice usted?

(Se calla. Todos le han escuchado inmóviles. Bruscamente, Javier reacciona y da un paso)

JAVIER.—¡No puede ser! Usted se equivoca. Todos los que estamos aquí somos gente honrada.

VALENTÍN.—*(Fríamente)* ¿Por qué?

(Javier le mira. Luego mira en torno y se repliega como derrotado)

JAVIER.—¡No lo sé! Pero yo creo...

AVELINA.—*(Muy bajo)* Oh, Javier...

(Una pausa brevísima. Anita se revuelve con desasosiego)

ANITA.—Pero usted no tiene derecho a confundirnos a todos. ¡Diga usted quién es esa persona! ¡Dígalo!

VALENTÍN.—*(Sonriendo)* No puedo...

ANITA.—¿Que no puede? ¿Por qué?

VALENTÍN.—Porque esa persona todavía no es un delincuente. Y no lo será hasta mañana, hasta que llegemos a París. Esta noche es la víspera, y nadie tiene derecho a atentar contra su libertad. ¿Quién es pecador la víspera del pecado? Nadie. Porque aún no existe el pecado... Todavía se puede elegir. Esto es lo terrible. La vida es una eterna y angustiosa víspera. Siempre, siempre se puede elegir. *(Transición)* Además, ¿qué interés pueden tener los que son inocentes en saber quién será mañana un delincuente que, todavía, esta noche, es tan inocente como los demás? Dejémosle que viva su víspera confundido entre todos nosotros. Tiene toda esta noche para decidir si, dentro de unas horas, cuando se haga de día, continúa su viaje a París o vuelve a Madrid... *(Se levanta y, entre las miradas penetrantes de los demás, marcha hacia el fondo y sube al mirador)* Parece que ha dejado de nevar. Debe ser muy bonito este jardín... Es como un bosque. *(Ya a punto de salir, se vuelve, como si se le hubiera olvidado algo)* ¡Ah! Por cierto, todavía no me he presentado. Me llamo Valentín... Valentín Mendoza, para servirles.

(Abre el ventanal. Una vez en el jardín, se encasqueta el sombrero, se sube el cuello del gabán. Se mete las manos en los bolsillos. Y marcha, sin prisa, hacia el fondo, hasta que desaparece entre los árboles. Todos los que están en escena tienen los ojos puestos en él hasta que se pierde de vista. Anita muy

nerviosa, llena de angustia, da un paso hacia el mirador como si Valentín no hubiera salido todavía)

ANITA.—¡Oiga! ¡Escuche! (*Transición*) ¡Dios mío! ¿Por qué no habla claro ese hombre? ¿Por qué no lo dice todo? ¿Por qué ese misterio? (*Vuelve. Ya está en el centro. Mira a los demás de uno en uno durante una gran pausa. Y luego, con la voz ahogada*) ¿Han oído ustedes? Aquí hay un delincuente... Es uno de nosotros. Lo ha dicho bien claro ese hombre. Y él debe de saberlo. Pero ¿quién es? ¿Quién es?

AVELINA.—(*Asustada*) ¡Oiga! ¿Por qué me mira? No creerá usted que nosotros...

JAVIER.—¡Calla!

AVELINA.—¡Oh!

ANITA.—¿Quién es? Dígalo, por Dios, quien sea. No nos obligue a continuar en esta incertidumbre. No nos obligue a soportar su presencia. Dígalo, y márchese. ¡Márchese! (*Con angustia*) Pero, ¿es que nadie habla?

MARCOS.—Por favor... No pretenderá usted que esa persona, sea quien sea, se delate a sí misma.³⁰ Sería demasiado inocente.

JAVIER.—¡Claro!

ANITA.—Entonces, ¿qué podemos hacer? Porque tenemos que defendernos. Nadie sabe de lo que puede ser capaz un individuo que hace un viaje a París nada menos que para cometer un delito... ¿Es que no lo comprenden ustedes? ¿Es que están ciegos? ¡Dios mío! ¿Es que no tienen miedo?

AVELINA.—¡Ay, sí! Yo tengo mucho miedo, Javier...

JAVIER.—¡Te he dicho que te calles!

(Anita avanza hasta primer término y se deja caer en el sofá)

ANITA.—Yo soy una persona decente. Yo soy una señora. Me conoce medio Madrid. No tengo nada que ocultar. Todo lo que les he dicho a ustedes era verdad...

ROSA.—¡Y yo!

JOAQUÍN.—Y yo, y yo...

AVELINA.—Y nosotros...

JAVIER.—¡Naturalmente!

ANITA.—Entonces...

30 1959: *mismo*

(Rápidamente recorre con la vista a los presentes. Un silencio brevísimo. De pronto, don Joaquín se pone en pie, como atacado por una súbita inspiración)

JOAQUÍN.—Un momento.

(Todos se vuelven hacia él)

ANITA.—¿Qué? ¿Qué va usted a decir?

JOAQUÍN.—¿Qué les parece a ustedes ese muchacho?

(Y señala con los ojos la primera puerta de la derecha. Automáticamente, todos giran la cabeza hacia allí)

ANITA.—¡Ah!

JOAQUÍN.—Digo yo que...

(En este instante surge El muchacho bajo el dintel de la puerta de la derecha. Se queda allí inmóvil. Sonríe. Todos le miran. Al cabo:)

ROSA.—¿Por qué se ríe usted?

MUCHACHO.—Porque lo he oído todo. Y me estoy figurando lo que darían ustedes por estar bien seguros de que ese que buscan soy yo...

(Y, muy tranquilo, entre las miradas de todos, cruza la escena y sale por la segunda puerta de la izquierda. Anita, a punto de desfallecer, se apoya en Rosa)

ANITA.—¡Rosa! No puedo más. No puedo tenerme en pie...

ROSA.—Venga usted conmigo. Le daré un poco de café...

(Salen las dos juntas por la primera puerta de la izquierda. Quedan en escena Elvira, La muchacha, Marcos, El padre José, Don Joaquín, Avelina y Javier. Estos dos últimos se hallan ahora en el centro, casi involuntariamente rodeados por los demás. Javier mira alrededor con recelo)

JAVIER.—*(En voz muy baja)* ¡Avelina! Tengo que hablar contigo.

AVELINA.—¿Ahora?

JAVIER.—¡Sí! Ven.

(La toma del brazo y se la lleva por la primera puerta de la derecha. En escena: Elvira, Marcos, El padre José, La muchacha y Don Joaquín. Este baja del fondo muy despacio³¹ y se dirige hacia la chimenea. Allí, en este momento, está La muchacha, contemplando absorta las llamas. Don Joaquín se queda mirando a la chica con risueña insistencia)

JOAQUÍN.—Y ¿qué me dicen ustedes de esta muchacha? ¿Sabe o no³² lo que pasa? *(La muchacha se vuelve y le mira, asustada. Súbitamente, se pone en pie y, seguida por las miradas de todos los demás, sale corriendo por la primera puerta de la derecha. Don Joaquín se queda boquiabierto)* ¡Hola! ¿Han visto ustedes? *(Un silencio. Una transición)* Bueno. Ahora que se han ido los demás, ¿qué piensa usted, señor Villanueva? ¿Quién cree usted que puede ser...? *(Marcos le vuelve la espalda y marcha hacia el fondo. Don Joaquín sonrío, un poco ruborizado, y baja la cabeza)* ¡Je! Bueno. Realmente, no sé por qué pregunto... Son ganas de molestar.

(Y, muy despacito, se va calmosamente por la primera puerta de la izquierda. Quedan en escena: El padre José, Marcos y Elvira, sentada en el sofá. Hay una pausa. Marcos baja lentamente del fondo y llega hasta Elvira)

MARCOS.—¿Usted se queda ahí?

ELVIRA.—Sí... Procuraré descansar un poco.

MARCOS.—Entonces...

(Va a la pantalla que está situada junto al sofá y la apaga)

ELVIRA.—Gracias.

MARCOS.—Buenas noches.

ELVIRA.—Buenas noches.

31 1959, 1967: *despacito*

32 1959, 1967: *o no sabe*

(La muchacha, dentro, comienza a tocar el piano, ahora suavísimo, el «Para Elisa». Marcos marcha lentamente hacia el fondo. Sube al mirador. Enciende un cigarrillo. Un silencio. Al fondo, entre las sombras se recorta a contraluz el gran recuadro del mirador, en medio del cual se destaca la silueta de Marcos, que, de espaldas al público, inmóvil, contempla el jardín. El padre José, sin ruido, casi de puntillas, marcha hacia la segunda puerta de la izquierda. Ya, junto a la puerta, a punto de salir, se detiene. Parece que va a hablar. Pero sale. Durante unos pocos segundos, Elvira y Marcos continúan inmóviles. De pronto, Elvira se incorpora, atraviesa la escalera, sube al mirador. Ya está allí a contraluz, frente a Marcos, que se vuelve hacia ella. Bruscamente, Elvira, ahogando un sollozo, se refugia en el pecho de Marcos. Este la coge con infinito cariño y la estrecha contra sí)

ELVIRA.—¡Oh, Marcos, Marcos! No puedo más.

MARCOS.—Calla, calla...

(Sigue oyéndose el piano. Cae despacio el

TELÓN)

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado.

La acción de este acto se inicia en el instante justo en que terminó el acto anterior. Marcos y Elvira todavía están juntos, en el fondo. Aún se oye el piano, que cesa de tocar al poco... Unos instantes de pausa. De pronto, Elvira se desprende bruscamente de los brazos de Marcos y escapa hacia la escalera.

MARCOS.—(*Yendo hacia ella*) ¡Elvira!

ELVIRA.—¡Vámonos, Marcos, vámonos! ¡Sácame de aquí! ¡No resisto más!

MARCOS.—¿Qué dices? Y ¿adónde iríamos, si ni siquiera sabemos dónde estamos? ¿Es que no comprendes? ¿Es que no te das cuenta de que no tenemos más remedio que esperar aquí, como todos, hasta que se haga el día? (*Transición, con coraje*) ¡Cuando pienso que si no hubiera ocurrido este estúpido accidente ya estaríamos en París...! ¡Es para volverse loco!

ELVIRA.—(*Con angustia*) ¿Crees que esta gente sospecha algo? Tengo el presentimiento de que hay alguien que lo sabe. Alguien que lo sabe y espera no sé el qué. Me miran, ¿sabes? Me miran todos. El sacerdote, esa mujer que habla tanto... y los demás. Todos. Y cuando me miran, tiemblo. Me parece que todos van a hacerme la misma pregunta: «¿Por qué?».

MARCOS.—Yo, en tu lugar, si alguien me preguntara, respondería, sencillamente: «Porque tengo derecho a ser feliz...».

ELVIRA.—¡Marcos! ¿Cuándo llegaremos a París?

MARCOS.—¡Quién sabe! Dentro de unas horas. A mediodía, quizá. Ten paciencia. (*Va hacia ella. La rodea los hombros, la lleva hacia el sofá. Con ternura*) En París todo será distinto, ¿sabes? Allí nadie pregunta, nadie quiere saber. Es otro mundo.

ELVIRA.—Sí...

MARCOS.—Para ti y para mí, un mundo nuevo. (*Marcha. Llega hasta la chimenea. En pie, enciende un cigarrillo. Sin volverse*) Di... ¿Qué piensas?

ELVIRA.—(*Muy bajo, despacio*) Estaba pensando en él...

MARCOS.—¡Ah!

ELVIRA.—Todavía, a estas horas, no sabe nada. ¿Comprendes? No puede saber nada. Le dije que iba a Barcelona, para pasar unos días en casa de mi madre. Mañana le escribiré, desde París. (*Un silencio*) ¿Qué hará cuando lo sepa?

MARCOS.—Nada... Es orgulloso. (*Se calla. Un pequeño silencio*) Elvira.

ELVIRA.—¿Qué?

MARCOS.—No pienses en él. Para ser feliz hay que hacer daño a alguien, ¿sabes? Yo lo he aprendido sufriendo. ¿Te acuerdas de la primera vez que te dije «Te quiero»? Hace ya unos años. Entonces pudo más él y te llevó. Le fue muy fácil, desde luego. Él era alegre y simpático. Era el preferido de todas las muchachas. Yo era un escritor sin nombre y sin dinero, que tenía poco tiempo para reír. Os casasteis. Yo asistí a vuestra boda, comiéndome las lágrimas. Desde entonces hasta hoy he vivido muchos días en el infierno, esperando... (*Se calla de pronto*³³) Sí, Elvira. Para ser feliz hay que hacer daño a alguien. En cierto modo, la felicidad es un crimen... Un hermoso crimen. (*Transición, con otro tono, sencillamente*) Es curioso. ¿Quién será esa persona que mañana, en París, va a cometer un delito?

(*Elvira baja la cabeza. Pausa. Se oye dentro la voz de Anita*)

ANITA.—(*Dentro*) ¡Señor Villanueva! ¿Está usted ahí? (*Entrando*) ¡Jesús! ¿Qué oscuridad! (*Enciende la pantalla que está junto al sofá y descubre a Elvira*) ¡Ay, perdón! ¿Dormía usted?

ELVIRA.—No... No dormía.

ANITA.—Lo creo... ¿Quién puede pegar un ojo en estas circunstancias? Los únicos felices deben ser esos muchachos que se han casado esta mañana, que andarán por ahí haciéndose arrumacos en cualquier rincón. Pobres, ¡qué noche! Le advierto a usted que mi noche de bodas también fue muy célebre. Pero por otras razones, que no está bien que yo cuente, porque el pobrecito ya se ha muerto... (*Cruza la escena. Va hacia Marcos. Se sienta junto a él. En seguida, Elvira se levanta sin ruido alguno, sube la escalera y desaparece. Quedan solos Anita y Marcos*) ¿Ha vuelto ya ese hombre, señor Villanueva? No, no ha vuelto. ¡Dios mío! ¿Quién será ese individuo, que lo sabe todo? ¿Cree usted que se trata de un policía? Justo. Lo mismo pienso yo. Un policía, ni más ni menos. ¡Ay, señor Villanueva, yo tengo muchísimo miedo! Sabiendo, como sabemos, que aquí, entre nosotros, hay una persona que va a París a cometer un delito; una persona que, indudablemente, es un ser inmoral y sin escrúpulos, un monstruo, lo que se dice un monstruo, ¿cómo puede una estar tranquila? Porque, lo que yo me digo: ¿qué delito es ese que ha de ser cometido precisamente en París, eh? (*Una transición. Alarmadísima*) Oiga, ¿cree usted que se trata de algo internacional? ¿Algo de espionaje o así?

MARCOS.—Señora, ¿qué puedo decir yo?

33 1959, 1967: un segundo

ANITA.—¡Ay, hijito! ¡Pues vaya usted a saber! A mí, una vez, en un cóctel, me presentaron a un señor rarísimo, que parecía un sabio, y luego me explicaron que el pobrecito era un espía que iba mucho por el telón de acero, y que hacía unas fechorías tremendas, y que traía de cabeza a todos los rusos... Pero, no; no creo que se trate de nada de eso, porque ninguno de los que están aquí se parece a aquel señor. Claro que tampoco puede tratarse de robar en un banco ni de tonterías por el estilo. Para asaltar un banco no hay que ir a París. En Madrid hay todos los bancos que se quiera. Y algunos, tan bonitos, que³⁴ parecen perfumerías. No, no. Debe tratarse de algún delito más misterioso, más extraño. Pero, ¡Dios mío!, ¿quién es el delincuente? Porque, sea quien sea, está aquí, entre nosotros. Ya oyó usted al policía... *(De pronto se vuelve hacia Marcos. Se da cuenta de que este, ensimismado, no la escucha, y salta, indignadísima)* ¡Oiga! Pero ¿es que no me hace usted caso?

MARCOS.—¡Oh! Disculpe...

ANITA.—¡Jesús!

(Se levanta, ofendidísima, y marcha hacia la izquierda en el momento en que surge Rosa por la primera de la izquierda)

ROSA.—¡Chiss! Tengo una corazonada. Me parece que ya sé quién es el delincuente...

ANITA.—*(Asustadísima)* ¡Ay! ¿Quién es?

ROSA.—¡Mírelo!! Me viene siguiendo los pasos...

(Y en este momento, tan feliz y tan campante, aparece Don Joaquín por la primera puerta de la izquierda. Anita y Rosa, muy juntas, tapándose la boca con la mano, para sofocar un grito, escapan hacia la derecha)

LAS DOS.—¡Ayyy!...

ANITA.—*(Bajísimo)* ¿Este...?

ROSA.—¡Este!

ANITA.—¿Está usted segura?

ROSA.—¡Segurísima! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? Si no hay más que verlo: con esa cara de infeliz y esta pinta de inocente, que se ve que es capaz de todo...

34 1959, 1967: *tan bonitos, tan bonitos que*

ANITA.—(*Estremecida*) ¡Ay!

JOAQUÍN.—(*Muy sorprendido*) ¡Caramba! ¿Se han asustado ustedes?

(Ellas dos retroceden aún más, y Don Joaquín se queda estupefacto)

LAS DOS.—¡Ayyy!

ANITA.—¡No se acerque!

ROSA.—Si da usted un paso más, grito...

JOAQUÍN.—(*Azoradísimo*) ¡Pero, señora!...

(Y de pronto, las dos, resurgiendo, avanzan hacia Don Joaquín, francamente amenazadoras)

ANITA.—¡Hable usted!

ROSA.—¡Confiese!

ANITA.—¡Dígalo todo!... ¡Vamos! ¿Para qué va usted a París?

JOAQUÍN.—(*Confundidísimo*) ¿Yo? Para nada... Pero si yo nunca tengo nada que hacer. Lo que pasa es que cuando estoy en un sitio y me doy cuenta de que le estoy dando la lata a la gente, me marchó. Como soy tan pelma... (*Transición. De pronto, con terror, cae en la cuenta*) ¡Anda! Pero ¿es que han creído ustedes que soy yo ese que buscan?

LAS DOS.—¡Sí!

JOAQUÍN.—(*Con espanto*) ¿Yo? Pero, señora, por Dios, que soy el más infeliz de todos...

ROSA.—¡Hipócrita!

(Don Joaquín, desconsoladísimo, se deja caer en el sofá a punto de llorar)

JOAQUÍN.—¡Por favor! Ya sé que no soy simpático. Ya sé que soy muy pesado; pero de eso a suponer que soy un malvado... ¡Ah, no! Esto, no. Esto no me ha pasado nunca...

(Está atribuladísimo. Hay una pausa levísima. Ellas dos le miran, y luego se miran entre sí, suspensas. Muy bajito:)

ANITA.—¡Rosa! Me parece que nos hemos equivocado.

ROSA.—¿Usted cree?

ANITA.—¡Hija, por Dios! Pero si no hay más que verlo. Lo que pasa es que usted le ha tomado manía a este pobre hombre... *(Las dos se quedan mirando a Don Joaquín, francamente enternecidas. Luego, dan un paso hacia él)* Vamos... No lo tome usted así.

(Rosa y Anita se sientan en el sofá, una a cada lado de Don Joaquín)

ROSA.—*(Halagadora)* Después de todo, ¿por qué no había de ser usted? Tiene usted tantos méritos como los demás...

JOAQUÍN.—*(Agradecido)* Muchas gracias.

ANITA.—Hágase cargo. Lo natural es que cada uno sospeche de todos los demás. ¿Es que usted no tiene una sospecha?

JOAQUÍN.—¡Huy! ¡Que si la tengo!

ROSA.—¿De veras?

ANITA.—Entonces, hablemos claro. Porque nosotros tres somos de confianza. *(De pronto se contiene, porque mira a Rosa con una irremediable suspicacia)* Por lo menos, hasta cierto punto...

ROSA.—¿Cómo?

ANITA.—No, nada... ¿Quién cree usted que puede ser?

ROSA.—Diga, diga...

JOAQUÍN.—Pues... *(Con mucho misterio, vuelve la cabeza y señala a Marcos con un guiño)* ¿Eh? ¿Qué les parece a ustedes?

ROSA.—¿Ese...?

ANITA.—¿Cómo? ¿Villanueva? ¡Ca! No creo. Villanueva es todo un caballero. Mire usted: los escritores son muy particulares. Hay que entenderlos. Conocí a un escritor que era bígamo, porque se había casado dos veces sin darse cuenta, y, ya harto de mujeres, el pobre vivía con una muchachita. Bueno. Pues era un caballero. Todo un caballero. ¡Oh! ¡Había que ver a aquel hombre con una taza de té en la mano! ¡Qué distinción! ¡Qué elegancia! No. Apostaría cualquier cosa a que Villanueva no es esa persona que va a París para hacer una barbaridad...

JOAQUÍN.—Entonces...

ANITA.—Veamos. Naturalmente, de la parejita de recién casados, ni hablar. Están muy enamorados, y en esas circunstancias se cometen muchas tonterías. Pero delitos, delitos, no.

ROSA.—Oiga. *(Inspirada)* ¿Y el padre José?

ANITA.—¿Cómo? *(Un respingo)* ¿Qué dice? Pero, hijita... ¿Va usted a sospechar de un sacerdote? ¿Es que no es usted creyente?

ROSA.—Más que nadie. Y tan de derechas como usted.

ANITA.—Bueno... Eso habría que verlo.

ROSA.—Pero ¿y si el padre José no es un auténtico sacerdote? ¿Eh?

ANITA.—¡¡Jesús!!

ROSA.—¿Qué me dice usted a eso?

ANITA.—(*Horrorizada*) ¡¡No!! ¡No puede ser! Estoy segura, segurísima, de que el padre José es un verdadero cura. (*Una transición*) Bueno, estoy casi, casi segura... (*Y, apuradísima, se santigua*) ¡Ay, Dios mío!

ROSA.—En fin... La verdad es que será la persona que menos sospechemos.

JOAQUÍN.—(*Un suspiro*) Eso creo yo.

ANITA.—Y yo.

(Un silencio. De pronto, Don Joaquín y Anita, como atacados por el mismo presentimiento, se miran entre sí y luego, automáticamente, se quedan mirando a Rosa...)

ROSA.—Pero les advierto a ustedes que al primero que sospeche de mí, le suelto una bofetada...

JOAQUÍN.—(*En pie, asustadísimo*) ¡Demonio!

ANITA.—¡Jesús! ¡Hijita! Cuidado que es usted de rompe y rasga...

(Se levanta, molestísima, y marcha hacia el centro)

ROSA.—Porque, vamos a ver, para que yo me entere: ¿usted qué va a hacer en París?

(Anita, que se iba hacia el fondo, gira en redondo, sobresaltadísima. Toda rubor)

ANITA.—¿Quién? ¿Yo?

ROSA.—¡Sí, usted!

ANITA.—¿Que qué voy a hacer yo en París?

ROSA.—Eso. ¡Dígalo de una vez!

ANITA.—¡Ah, no! ¡Eso, no! Eso a nadie le importa. Este viaje a París pertenece a mi vida privada. Y mi vida es mía... Mía nada más.

ROSA.—¡Je! Cuando yo digo...

ANITA.—(*Airada, casi llorando*) ¡¡Rosa!!

(De pronto, Don Joaquín se pone en pie inspiradísimo)

JOAQUÍN.—¡Callen!

LAS DOS.—(Sorprendidas) ¿Eh?

JOAQUÍN.—Pero si falta uno...

ANITA.—¿Cómo que falta uno?

JOAQUÍN.—¡Claro! ¿Es que no se acuerdan ustedes? Ese, ese buen señor que dijo que tenía sueño y se metió en una³⁵ habitación...

ANITA.—¡Calle! Es verdad... Y no ha vuelto.

ROSA.—¿Se habrá escapado?

ANITA.—¡Dios mío!

(Y, ni corta ni perezosa, marcha hacia el fondo, se asoma a la segunda puerta de la derecha y entra. Rosa y Joaquín esperan anhelantes. Vuelve a oírse, muy bajo, el piano. Un segundo después, vuelve Anita, extrañadísima)

JOAQUÍN.—¿Qué?

ANITA.—Ahí está.

ROSA.—¿Y qué hace?

ANITA.—Duerme...

JOAQUÍN.—¡Oh!

ANITA.—Y jamás, jamás he visto una persona durmiendo con tanta felicidad...

(Un silencio. En este momento deja de oírse el piano bruscamente. Y se oye un penetrante grito de Avelina en la habitación de la derecha)

AVELINA.—(Dentro) ¡Ayyy!

(Todos se vuelven. Los que están sentados se ponen en pie. El muchacho surge por la segunda puerta de la izquierda. Elvira irrumpe en la meseta de la escalera. El padre José, por la primera de la izquierda. Todos se miran confusos y después clavan los ojos en la primera puerta de la derecha)

TODOS.—¿Qué?

ANITA.—¿Qué es eso?

35 1959, 1967: esa

JOAQUÍN.—¿Quién grita?

ROSA.—¿Qué ocurre?

(Hablando todos al tiempo. Y, en la primera puerta de la derecha, aparece Avelina, seguida de Javier. La muchacha viene demudada)

AVELINA.—¡Se ha escapado!

ANITA.—¿Quién?

AVELINA.—Esa chica... Se ha escapado. Estaba tocando el piano. De pronto, se levantó, echó a correr, abrió la ventana y saltó. ¡Y no hemos podido evitarlo!

JAVIER.—No nos dio tiempo. Fue tan inesperado...

ANITA.—¿La francesa?

AVELINA.—¡Sí!

MUCHACHO.—¿Qué dice? No es francesa.

TODOS.—¿Cómo?

(Todos se vuelven hacia El muchacho)

ANITA.—¿Que no es francesa? *(El muchacho, de pronto, como tomando una decisión, baja rápidamente la escalera, cruza y sube hasta el mirador)* ¿Adónde va usted?

MUCHACHO.—Voy a buscarla.

(Empuja la vidriera del mirador. Salta ágilmente. Desaparece en el jardín. Todos se miran estupefactos. Anita mira en torno con ansiedad y es la primera que rompe el silencio)

ANITA.—Pero, entonces, si no es francesa, ¿por qué nos ha engañado? *(De pronto)* ¡Dios mío! ¿Será esta chica...? ¿Será esta chica la persona que mañana, en París, va a hacer algo espantoso? ¿Creen ustedes?

(Se los queda mirando a todos. Un silencio brevísimo. Y Avelina, que estalla como en un ataque de nervios)

AVELINA.—¡Javier!

JAVIER.—¡Avelina!

AVELINA.—¡No puedo más! ¡No resisto más!

JAVIER.—¡Calla, Avelina!

AVELINA.—¡No quiero! ¡Esta es mi noche de bodas! ¡Yo tengo derecho a ser feliz! ¿Por qué me³⁶ pasa todo esto? ¿Por qué? Es mi noche de bodas. Esta noche es mía. Y me la han robado, me la han robado...

JAVIER.—Cálmate, Avelina. Escucha...

AVELINA.—¡No quiero! ¡Déjame! ¡No me toques! ¡No te acerques!

(Y, nerviosísima, estremecida por los sollozos, escapa corriendo por la primera puerta de la derecha. Hay un silencio)

ROSA.—¡Pobre muchacha! *(Generosamente)* ¿Quiere usted que yo la cuide un ratito?

(Javier, que marcha tras Avelina, se revuelve, con coraje, en el umbral mismo de la puerta y se encara con Rosa. Cierra la puerta de golpe)

JAVIER.—¡No! Tú, no.

(Un movimiento de estupor en todos)

TODOS.—¿Eh?

JAVIER.—Cualquiera menos tú. ¿Me oyes?

JOAQUÍN.—*(Atónito)* ¡Hola! ¡Pero si se conocen...!

ANITA.—¡Acabáramos! Entonces, este es el hombre que la abandonó hace quince días...

ROSA.—El mismo. ¿Quieren ustedes que se lo presente? Pues allá voy. El muy...

JAVIER.—¡Rosa!

ROSA.—*(Con una calma estremecedora)* ¿Es a mí?

JAVIER.—Óyeme, Rosa. No me importa que se enteren todos. Todos, menos ella... Hace un momento, quise decírselo todo y no he tenido valor. ¿Entiendes? Dime: ¿qué significa todo esto? ¿Qué significa tu viaje a París, precisamente hoy, en el día de mi boda, y en el mismo avión en que viajamos mi mujer y yo? Habla, Rosa. Dime qué es lo que intentas...

ROSA.—Lo que te he jurado...

JAVIER.—Rosa, Rosa...

36 1959, 1967: falta me

ROSA.—Porque yo siempre cumplo mis juramentos, y bien lo pueden decir más de cuatro. Te juré que si me abandonabas y te casabas con otra no te sería fácil librarte de mí. Y aquí me tienes, dispuesta a ser tu sombra. ¿Que te vas a París? Pues yo, a París. Ya me he comprado unos pantalones y un jersey para no hacer mal papel. ¿A Venecia? Pues la Rosa, a Venecia. En la maleta llevo un par de botas de agua, porque me han dicho que allí está todo lleno de charcos. Y si un día vas por la India, allí me encontrarás, con un turbante y una calabaza de peregrino, que dinero y coraje me sobran para seguirte adonde vayas. Adonde vayas, Javier. Óyelo bien. Aunque te escondas en el último rincón del mundo. Para que tiembles de miedo y para que la conciencia, si es que la tienes, te grite todo lo miserable y todo lo canalla que has sido conmigo...

JAVIER.—¡Rosa! Eso no puede ser. ¿Es que te has vuelto loca?

ROSA.—¡Vaya!

JAVIER.—¡Rosa! Vuelve a Madrid. Te lo suplico. A mi regreso te veré y hablaremos...

ROSA.—Conque hablaremos, ¿eh? Si será fresco...

JAVIER.—¿Serás capaz de decirle a Avelina...?

ROSA.—¡Claro!

JAVIER.—¡Oh!

ROSA.—Pero, hombre, ¿para qué crees tú que me he metido yo en un avión, con las consecuencias que eso trae, que a la vista están?

JAVIER.—Rosa, Rosa.

ROSA.—Pero todavía es pronto. Se lo diré mañana, en París, para que no se le olvide. Lo tengo todo muy bien pensado, ¿sabes? De pronto, tac-tac. Alguien que llama con los nudillos en la habitación del hotel, a la hora del desayuno. «¿Quién es?». «Una visita». «Pase». Y allá va la Rosa. Bueno, para qué voy a seguir...

JAVIER.—¡¡Rosa!!

(Rosa se vuelve hacia él, con fiereza, indomable)

ROSA.—Pero ¿qué crees³⁷ tú? ¿Que todo se había acabado con la música del órgano, y las flores, y la noticia en los ecos de sociedad? Pero ¿no comprendes que si para ti todo empieza ahora, para mí, ahora, todo se ha terminado? ¿No sabes que tú, para mí, eras el último, la última esperanza, la última ilusión, el último refugio? ¿Y quieres que me cruce de brazos y vea con calma

37 1959, 1967: creías

cómo eres feliz a costa de mi desgracia y de mi pena? ¡Ah, no! Eso, no. Eso, no... Tú lo verás. ¡Por estas!

JAVIER.—¡¡Rosa!!

ROSA.—Me llaman.

JAVIER.—Está bien. Haz lo que gustes. (*Con rudeza*) Pero no olvides que yo quiero a Avelina con toda mi alma, y antes que perderla soy capaz de todo. Conque ten cuidado, Rosa.

(Y avanza hacia ella. Rosa pega un grito y nerviosísima se deja caer en el sofá. La rodean Anita, Don Joaquín y El padre José)

ROSA.—¡Ayyy!

ANITA.—¡Rosa!

JOAQUÍN.—¡Señora!

PADRE JOSÉ.—¡No chille!

ROSA.—¡Ayyy...! ¡Y todavía me amenaza! A mí. ¡A la Rosa! ¡Ay, cínico, sinvergüenza, mal hombre, charrán!³⁸ ¡Golfo, más que golfo, que me lo debe a mí todo, que sin mí no sería nada...!

PADRE JOSÉ.—Vamos, vamos. ¡A callar!

ROSA.—¡Ay, señor cura! No me regañe usted, que bien pesarosa estoy yo de que haya usted oído todo lo que ha oído, que demasiado sabe una que estas cosas no son para curas...

(Se abre la primera puerta de la derecha y aparece Avelina)

AVELINA.—¿Ha pasado algo?

(El padre José, Anita y Don Joaquín responden a un tiempo)

LOS TRES.—¡No!

AVELINA.—¡Ah! Pues me pareció oír voces...

ANITA.—Nada, hijita, nada. ¿Qué quiere usted que pase? Que como estamos todos tan nerviosos, a esta señora le dio algo así como un patatús...

AVELINA.—¿De veras? (*Y muy afectuosa va hacia Rosa y se sienta junto a ella en el sofá*) ¡Pobrecita! Con el cariño que yo la estoy tomando...

ROSA.—¡Ah! ¿Sí?

38 *Charrán*: ‘pillo, tunante’. Palabra asociada a lo andaluz y flamenco.

AVELINA.—¡Huy! No puede usted figurarse. Como que me parece que usted y yo vamos a ser grandes amigas...

ROSA.—¡No me diga!

(La mira con ojos brillantes, dispuesta a todo)

ANITA.—*(Asustadísima)* ¡Rosa! ¡Por Dios!

(Rosa se contiene y con un gesto rabioso, de infinito coraje, se pone en pie y se refugia en primer término a la izquierda)

ROSA.—¡Maldita sea! Si no mirara...

(Se come materialmente las lágrimas. Hay un silencio. Todos, involuntariamente, miran a Avelina. Esta corre y se refugia en Javier)

AVELINA.—*(Desconcertada)* ¡Javier! ¿Qué he hecho yo?

JAVIER.—Tú, nada. Tú, ven conmigo.

(Y se la lleva por la primera puerta de la derecha. Salen. Un silencio cortísimo. Don Joaquín está mirando a Rosa como fascinado)

JOAQUÍN.—¡Qué mujer!

ANITA.—Me figuro, padre José, que estará usted muy, muy extrañado. Porque estoy segurísima de que estas cosas no pasan en su barrio.

PADRE JOSÉ.—¡Je!

(Un leve chasquido que produce la vidriera del mirador, al abrirse, hace que todos vuelvan la cabeza hacia el fondo. Allí están El muchacho y La muchacha, que entran despacio. Avanzan. Al llegar al centro del escenario, la chica, en medio del silencio, viéndose objeto de las miradas de todos, escapa y se refugia en el sofá, tapándose la cara con las manos)

ANITA.—Bien. Supongo que ahora esta señorita nos dará una explicación. Vamos a ver, niña: ¿por qué nos has engañado? ¿Por qué nos hiciste creer que eras

francesa? (*Muy despacio, como asustada, La muchacha alza hacia ella sus ojos, bañados en lágrimas. Un silencio*) Di...

MUCHACHA.—Para que nadie me preguntara nada...

ANITA.—Pero ¿por qué? (*La muchacha baja la cabeza. No contesta. Anita se impacienta*) ¿Quieres hablar de una vez?

(*La muchacha calla. Elvira da un paso*)

ELVIRA.—¡Déjela! ¡Por Dios...!

ANITA.—¡No quiero! Tiene que hablar. Pero ¿es que se les ha olvidado a ustedes que estamos buscando a un delincuente y puede ser ella? (*Se vuelve hacia La muchacha*) ¡Vamos! ¿Por qué querías pasar inadvertida entre nosotros? ¿Qué has hecho?

(*La muchacha la mira. Un silencio*)

MUCHACHA.—Me he escapado de casa.

TODOS.—¿Qué?

ANITA.—¡Jesús!

MUCHACHA.—(*Con desesperación*) ¡Sí! Me he escapado. Y no volveré nunca. ¡No volveré jamás! No quiero, no quiero, no quiero...

(*Llena de lágrimas y de sofoco, apoya la cabeza en el respaldo del sofá y golpea furiosamente con los puños*)

ANITA.—¿Qué llevas ahí? (*Y rápidamente se lanza sobre la cajita de cuero de La muchacha, que está en el sofá. La abre... y sofoca un grito*) ¡Jesús! Joyas... (*Don Joaquín y Rosa se acercan. Miran. Un silencio*) Entonces, está todo claro...

(*La muchacha se revuelve*)

MUCHACHA.—¿Qué está pensando? Esas joyas son mías. (*Se calla. Más bajo*) Eran de mamá.

ANITA.—¡Ah!

(*Un silencio. Todos miran a La muchacha. Elvira se acerca despacio, y queda detrás del sofá. Con ternura*)

ELVIRA.—Vamos. Dínoslo todo. ¿Por qué te has escapado de casa?

(La muchacha alza los ojos y la mira. Un silencio. Y con un dolor infinito)

MUCHACHA.—Porque mi padre se ha vuelto a casar...

ELVIRA.—*(Como sobrecogida)* Criatura...

(Hay un silencio. La muchacha solloza quedamente. Y entre sollozos)

MUCHACHA.—Yo le cuidaba. Yo le mimaba como a un niño. Yo le quería más que a nada en el mundo. Era mío. ¡Mío nada más! Y esa mala mujer me lo ha robado. *(Un sollozo)* ¡Oh, papá, papáito! ¿Por qué has hecho eso conmigo? ¿Por qué? ¡Si yo te quería tanto, papá, tanto, tanto!...

(Llora. Elvira, conmovida, casi sin voz)

ELVIRA.—Nena.

MUCHACHA.—Por eso me iba. Porque cuando papá sepa que estamos aquí, vendrá por mí. Y no quiero. No quiero volver. No volveré nunca, nunca, nunca...

(Se encoge más en el sofá. Todos la miran. Elvira se seca una lágrima. Poco a poco los nerviosos sollozos de La muchacha se hacen más tenues. Muy despacio, El muchacho avanza y se sienta junto a ella, en el sofá. Habla cariñosamente, con una voz nueva en él)

MUCHACHO.—Anda... No llores más. ¿Quieres?

(La muchacha alza los ojos y le mira. Se seca sus lágrimas)

MUCHACHA.—¿Por qué has ido tú a buscarme?

MUCHACHO.—¡Pche! *(Sonríe)* Porque te hubieras quedado como un pajarito helado sobre la nieve... Muerta de frío.

MUCHACHA.—Gracias.

MUCHACHO.—¡Bah! *(Una transición)* Oye. ¿Me perdonas lo de antes?

(La muchacha le mira y vuelve la cabeza, suavemente ruborizada)

MUCHACHA.—Claro...

MUCHACHO.—Solo quería darte un beso, ¿sabes? Te veía tan asustada, tan pequeña. ¡Bah! No sé. De pronto me dio la tentación y ya está. A mí me parece que si siempre que uno tiene la necesidad de dar un beso pudiera dar un beso, uno no sería malo nunca. Pero no puede ser. ¿Verdad? (*Transición. Sonríe*) ¡Qué bruto estuve! Bueno. Tú me has perdonado, ¿no?

MUCHACHA.—Claro que sí. ¿Cómo te llamas?

MUCHACHO.—José. ¿Y tú?

MUCHACHA.—Marisa...

MUCHACHO.—¡Marisa! Me gusta. Es nombre de señorita. ¿Dónde vives en Madrid?

MUCHACHA.—En la Castellana³⁹...

MUCHACHO.—(*Con admiración*) En la Castellana... Vaya.

MUCHACHA.—¿Y tú?

MUCHACHO.—¿Yo? (*Se calla un poco*) ¡Bah! En un barrio donde tú no has estado nunca, seguramente. Cae lejos.

MUCHACHA.—¿Por qué vas a París?

MUCHACHO.—Me espera un amigo. (*Con una irremediable presunción*) Pero no creas que ese amigo es un cualquiera como yo... Qué va. Es muy rico. Y aristócrata. Tiene título. De vez en cuando, se marcha a Roma, o a París, o a Londres. Pero en seguida me llama.

MUCHACHA.—(*Sencillamente*) ¿Por qué?

(*El muchacho se calla. La mira. Luego vuelve la cabeza*)

MUCHACHO.—Bueno... Tú no comprenderías (*Calla. Después, como asustado de haber hablado demasiado, mira en torno y se encuentra con que todos los demás personajes tienen los ojos puestos en él. Baja la cabeza. Y luego, súbitamente, con un arranque, mezcla de rabia y de rubor, se pone en pie y se encara con los demás*) ¿Qué pasa? ¿Por qué me miran ustedes? ¿Qué les importo yo?

MUCHACHA.—(*Atónita*) Pero...

MUCHACHO.—¡Déjame tú!

(*Un gran silencio. Algunos bajan la cabeza. Otros miran a otro lado. Don Joaquín marcha hacia el fondo. El padre José va a la chimenea, toma el atizador y hurga en los leños. Al cabo, en la segunda puerta de la derecha, aparece El buen señor, tan orondo*)

³⁹ Castellana: avenida que cruza Madrid de sur a norte, lugar palacios y pisos señoriales.

EL SEÑOR.—Buenas noches. ¿Cómo están ustedes? ¡Je! A mí, tienen que disculparme. Yo, si no duermo a mis horas, estoy perdido. ¡Y cómo he dormido este ratito! Cuando se lo cuente a mi mujer, no se lo va a creer... (*Se sienta en el sofá, tan tranquilo*) La pobre... ¿Pues no estaba empeñada en ir conmigo a París? Porque ella está enterada de todo. Sabe que París tiene muy mala fama... Claro que yo le dije: No, hijita, no. Debo ir solo. ¿Y saben ustedes lo que me contestó? Pues me dijo: Por algo será; por algo será que te vas tú solo a París. ¿Eh? ¿No es bueno? A sus años, y con tantos achaques, y la infeliz todavía, todavía. ¡Je! (*Se ríe con toda su alma. De pronto, se calla, mira en torno y se dirige a Anita, muy intrigado*) Oiga. ¿Es que ha pasado algo?

ANITA.—¿Que si ha pasado? Mire, por favor. No me ponga nerviosa... Y no presuma de inocente, porque a lo mejor es usted la persona que buscamos.

EL SEÑOR.—(*Sorprendido*)⁴⁰ ¿Cómo? ¿Que me buscan ustedes a mí? ¿Y en qué puedo servirles?

ANITA.—¡Basta!

EL SEÑOR.—¡Señora!

ANITA.—¡Basta de disimulo! ¡Señor mío! Sepa usted que, entre nosotros, hay una persona que va a París a cometer un delito...

EL SEÑOR.—(*Estupefacto*) ¿Cómo? ¿Entre nosotros...?

ANITA.—¡Sí!

(El buen señor los mira a todos sorprendidísimo y mueve la cabeza con franco reproche)

EL SEÑOR.—Caramba, caramba, caramba... (*De pronto*) ¿Y quién es?

ANITA.—¿Cómo?

EL SEÑOR.—Digo que quién es esa persona...

ANITA.—Pero si no lo sabemos...

EL SEÑOR.—¡Hola! Entonces, ¿cómo se han enterado ustedes?

ANITA.—¡Toma! Porque nos lo ha dicho el policía...

EL SEÑOR.—(*Estupefacto*) ¿Cómo? (*Muy seguro*) ¡Ca! Eso no puede ser...

(Todos le miran)

ANITA.—¡Ay! ¿Por qué?

40 1959, 1967: (*Sorprendidísimo*)

EL SEÑOR.—Porque el policía soy yo...

TODOS.—¿Qué?

(Un movimiento de estupor. Anita, Rosa y Don Joaquín van a él y le rodean)

ANITA.—¿Qué ha dicho?

ROSA.—¿Cómo?

JOAQUÍN.—¿Usted?

TODOS.—¡Oh!

(Todo rapidísimo)

EL SEÑOR.—¡Calma! ¡Calma, por favor! Permítanme que me presente. Me llamo Bernardo Cifuentes. Comisario Cifuentes, para servir a ustedes... Tengo quince días de permiso. Voy a París para ver a mi hermano Jerónimo, que vive allí. Y no sé una palabra de lo que ustedes me cuentan...

ANITA.—*(Interrumpiéndole)* ¡Dios mío! Entonces, si el policía es usted, ¿quién es el otro?

EL SEÑOR.—¿Cuál?

ANITA.—El otro. El que lo sabe todo...

(El buen señor se queda atónito. Luego, se dirige a Don Joaquín, que está cerca. Muy amable)

EL SEÑOR.—¿Usted?

JOAQUÍN.—No, no. Yo, no.

EL SEÑOR.—¡Ah! Bien. *(Se calla. Los mira a todos. Luego se dirige al Padre José)* Bueno. Pero que yo me entere. ¿Qué delito es ese?

PADRE JOSÉ.—No lo sabemos...

EL SEÑOR.—¡Ah!

PADRE JOSÉ.—*(Sonríe)* Pero ¿qué importa el delito? Delito es un asesinato y delito es un pensamiento.⁴¹ Delito es hacerle daño a un niño y delito es pisar una flor... Un crimen o un robo son delitos claros, concretos, definidos. Sí... Esos son los delitos que persiguen las leyes y los policías. Pero hay, además, otros delitos... Unos delitos pequeños, tremendos, increíbles, entre

41 1967: *falta* Delito es un asesinato ... pensamiento

los cuales se va forjando el rencor que hace amarga y dura la vida. Son esos delitos que no persigue nadie. Son esos secretos delitos que son capaces de cometer el odio, el deseo, la ambición, la soberbia, la venganza. Y de esos delitos todos somos delincuentes. El hombre es un eterno fugitivo perseguido por sus pequeños y grandes delitos. Porque el delito está en todo; se esconde en todo; hasta en las apariencias más nobles. Está detrás de lo más puro. En el fondo del mismo amor...

(En el fondo, surge la voz de Elvira, que se ahoga en un sollozo)

ELVIRA.—¡Cállese! *(Todos se vuelven a mirarla. Ella, avergonzada, entre sollozos, corre a refugiarse en el sofá)* Cállese, cállese... Por piedad.

(Marcos, en un arranque incontenible, va hacia ella)

MARCOS.—¡Elvira! ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? *(Se detiene súbito. Comprende que se ha traicionado. Con rabia)* ¡Oh! *(Un gran silencio. Todos miran a Marcos. Este reacciona. Y, decidido, va hacia Elvira)* No importa. ¡Que lo sepan! No importa.

JOAQUÍN.—¡Oh!

ROSA.—Entonces...

ANITA.—¡Claro! Yo ya lo sabía. Llegaron juntos a Barajas en un taxi, y yo los vi... Es su amante. Huyen juntos a París. *(Muy despacio, con altivez, marcha hacia la izquierda)* ¡Qué bochorno!

ELVIRA.—*(Con angustia)* ¡No! ¡Eso, no! No me juzgue sin oírme... Escuche.

MARCOS.—*(Airado)* ¡Cállate! ¡No quiero que te disculpes! Nadie puede pedirte cuentas. Tu vida es tuya, y puedes hacer con ella lo que quieras...

ELVIRA.—¡Déjame! Tengo que hablar...

MARCOS.—¡Que te calles, te⁴² digo!

ELVIRA.—¡Oh, Marcos!

MARCOS.—¡Calla! *(La tiene entre sus brazos. La estrecha. Después, se vuelve y mira en torno, despacio. Sus ojos se posan en El padre José)* ¿Qué mira usted, padre José? ¿Qué piensa usted? Me gustaría saberlo. He aquí a la pequeña humanidad que esta noche se ha refugiado en esta casa, desnudándose ante usted de sus pasiones, de sus vicios, de sus rencores. Y usted, en

42 1967: falta te

medio de todos, callado; fuerte por su debilidad, fuerte por su juventud, fuerte por su pureza, fuerte, más fuerte que nadie...

ELVIRA.—¡Marcos!

MARCOS.—Usted, callado, siempre callado, escucha y sentencia. ¡Vamos! Hable, por una vez. ¿Qué piensa usted de estos pecadores que le rodean?

(El padre José baja la cabeza. Un silencio. Como si un sollozo se le cruzara en la garganta)

PADRE JOSÉ.—Yo tengo esperanza. La víspera no ha terminado todavía.

MARCOS.—¿Qué quiere usted decir?

PADRE JOSÉ.—Pero ¿no se da usted cuenta, señor Villanueva, de que si no hubiera ocurrido este accidente de aviación, ya estaríamos todos en París, y ya todo, todo, sería irremediable? Es maravilloso que se nos dé esta víspera que no esperábamos, para que todos nosotros podamos elegir otra vez...

(Un silencio muy leve. Marcos sonrío)

MARCOS.—¡Oh! ¿Cree usted que este accidente ha sido un milagro?

PADRE JOSÉ.—Todo lo maravilloso parece un milagro...

(Silencio. De lejos, de muy lejos, llega como un repique de campanas. Todos se vuelven hacia el fondo. Hablan bajo, un poco sobrecogidos)

JOAQUÍN.—¡Ah!

ROSA.—¿Oyen?

ANITA.—¡Campanas! Tocan a misa.

JOAQUÍN.—Debe ser la iglesia de algún pueblecito...

(Por la primera puerta de la derecha surge, gozosa, Avelina, seguida de Javier)

AVELINA.—¡Está amaneciendo! ¿Han visto ustedes? Ya se hace de día...

ANITA.—Es verdad. Se hace de día...

ROSA.—¡Gracias a Dios!

(Hay un silencio. Repiquetea el timbre del teléfono. Todos se vuelven con la sorpresa en el rostro)

ANITA.—¡El teléfono!

(Marcos, que está más cerca, toma el auricular)

MARCOS.—Diga... *(Escucha)* ¡Ah! Es usted... Sí, sí. Bien. Gracias. *(Deja el auricular, y ante la interrogación muda de todos)* Era el piloto. Al parecer, todo está resuelto. En este momento, salen de un pueblo cercano varios coches que nos llevarán al aeropuerto más próximo... Unos cien kilómetros. Allí hay dispuesto otro avión. Por lo visto, llegaremos a París en las primeras horas de esta tarde. *(Transición)* Prepara tus cosas, Elvira. Debemos estar listos para no permanecer en esta casa ni un minuto más de lo necesario... *(Elvira, en silencio, desaparece.*⁴³ *Marcos, sonriendo, se vuelve hacia El padre José)* ¿Ve usted, padre José? El teléfono ha sido reparado. Se está haciendo de día... Vuelve la realidad y acaba la pesadilla. La víspera ha terminado... No era un milagro.

(Y, sin esperar respuesta, sale decidido por la primera puerta de la derecha. Una pausa brevísima y todos se miran)

ANITA.—Realmente, yo creo que todos debemos estar dispuestos...

ROSA.—¡Claro!

JOAQUÍN.—¡Je!

(Anita y Rosa se van por la primera puerta de la izquierda)

JAVIER.—Vamos, Avelina.

AVELINA.—Sí...

(Se van los dos por la primera puerta de la derecha. Los que quedan en escena se miran un instante y, luego, sin hablar, El muchacho sale por la segunda puerta de la izquierda; La muchacha sube la escalera; El buen señor se marcha por la segunda de la derecha, y Don Joaquín marcha cansadamente hacia la primera izquierda. Queda en escena, solo, El padre José. Está en pie en la meseta del mirador. Baja muy despacio y se queda inmóvil con los ojos puestos en las llamas... Hay una pausa. Ya casi es de día. Y los primeros rayos de un sol tibio

43 1959, 1967: silencio, despacio, comienza a subir los peldaños de la escalera, hasta que desaparece.

caen sobre el jardín. Un nuevo repique de campanas ahora un poco más fuertes. Y, por entre los árboles del jardín, despacio, muy despacio, avanza Valentín. Lleva el cuello del gabán subido y las manos en los bolsillos. Llega ante la cristalera. Empuja la vidriera. Baja lentamente. Con gesto de cansancio, se sienta en un sillón al lado del padre José)

VALENTÍN.—¡Ah! He andado sin rumbo por estos alrededores. La noche, después de la nevada, quedó tan tibia y tan agradable... Y es tan bonito andar y andar, sin pensar en nada, olvidándolo todo. Pero qué cansado estoy... *(Se calla. De pronto, se incorpora y sonrío)* ¿Qué? ¿Han averiguado ustedes quién es la persona que va a París a cometer un delito?

(El padre José se vuelve suavemente y le mira sonriente)

PADRE JOSÉ.—Sí...

VALENTÍN.—*(Incorporándose)* ¿Cómo?

PADRE JOSÉ.—Sí, sí, señor Mendoza. Bueno. Me explicaré. Ellos, los demás, no saben a quién se refiere usted. Pero yo, sí...

VALENTÍN.—¿Usted? ¿Y cómo lo ha adivinado usted?

PADRE JOSÉ.—¡Huy! ¡Pero si es muy fácil! Ya les dije que yo voy mucho al cine. Bueno, pues en las películas policíacas he aprendido que es muy sencillo descubrir al culpable. Por eliminación, ¿sabe? Del grupo de sospechosos se van eliminando, de uno en uno, los que no pueden ser, hasta llegar al final. Y es curioso: nunca llega uno a cero. Siempre hay alguien al final...

(Valentín lo⁴⁴ mira intrigado)

VALENTÍN.—Entonces... Dígame. ¿Quién es?

PADRE JOSÉ.—¡Je! *(Le mira y se calla. Y luego baja la cabeza casi ruborizado)* Usted.

VALENTÍN.—¿Cómo? ¿Qué dice?

PADRE JOSÉ.—¡Je! Usted, señor Mendoza. No puede ser otro. Solo usted puede ser el posible autor de ese delito que está previsto para hoy en París...

VALENTÍN.—¡Ah! *(Un silencio)* ¿Por qué?

44 1959, 1967: *le*

PADRE JOSÉ.—Pero si es muy sencillo, ya le digo. Basta con recordar un poco todo lo que aquí ha sucedido esta noche. Verá usted. Primero tuvo usted una gran idea. Se le ocurrió que nos presentáramos los unos a los otros. ¿Y por qué? Pues, sencillamente, porque usted quería descubrir, entre todos, una persona: el policía. Usted tenía miedo, porque sabía que entre nosotros viajaba un policía. Y era verdad. Pero le informaron a usted mal, señor Mendoza... El policía no estaba de servicio. Viajaba de vacaciones. No le vigilaba a usted. No tenía que ver nada con usted. Era un buen señor que se quedó dormido en esa habitación... Un viajero más.

(Valentín, que está mirando al padre José atentamente, sonrío)

VALENTÍN.—Bien... Entonces, si yo era quien se dirigía a París a⁴⁵ cometer un delito, ¿por qué fui yo mismo quien habló? ¿Por qué puse a todos los demás sobre mi propia pista para que me descubrieran?

PADRE JOSÉ.—Porque usted no quería ir a París... *(Valentín le mira fijamente)* Por eso lo descubrió usted todo. Para que algo le impidiera ir a París. Porque en el fondo de su alma, usted no quería, no quería. Tenía que ir, pero no quería ir. Y cuando puso los pies en esta casa, cuando vio interrumpido un viaje que, en principio, lo hacía todo irremediable, entonces, usted, señor Mendoza, de buena gana hubiera dicho la verdad a gritos. De buena gana hubiera querido que los demás le atáramos de pies y manos para no poder ir a París. Porque usted fue el único que sintió la llamada de lo maravilloso... Usted sí comprendió. Usted nos descubrió a todos el valor de esta noche, de esta víspera que se nos daba para elegir otra vez. Y por eso se denunció usted a sí mismo. Para no poder ir hoy a París... Para salvarse.

(Valentín le ha estado escuchando con la cabeza baja)

VALENTÍN.—Para salvarme... ¿Sabe usted lo que significa para mí la salvación, padre José? Volver a la pobreza, a la escasez, a la miseria. Vivir otra vez del poco dinero prestado que nos dan de mala gana. Carecer de todo, tener hambre; sufrir, llorar, llorar de coraje y de envidia porque lo mejor y más hermoso está prohibido. Eso. Eso significa para mí la salvación...

PADRE JOSÉ.—Pero usted no quiere ir a París...

45 1959, 1967: *para*

(Valentín prosigue como si El padre José no le hubiera interrumpido)

VALENTÍN.—Mientras que allí me espera la fortuna, la seguridad, la vida resuelta para siempre. Es la última oportunidad para un gran fracasado. Un gran negocio, ¿sabe? Un gran negocio que, después, cuando pase mucho tiempo, se descubrirá que es una estafa. Dinero, mucho dinero. Necesitaban un pobre hombre, un hombre de paja, para el puesto de más peligro, y ese soy yo. Pero no importa. Tendré un pasaporte, y desde mañana el mundo será mío... Mío.

PADRE JOSÉ.—Pero usted no quiere. La verdad es que usted no quiere...

VALENTÍN.—*(Con desesperación)* ¡Qué sé yo si quiero! ¡Qué sé yo!

PADRE JOSÉ.—No quiere. Le digo que no quiere...

(Valentín se vuelve impresionado por la violencia que hay en las palabras del sacerdote)

VALENTÍN.—¡Padre!

(El padre José se abalanza sobre Valentín. Le toma de⁴⁶ las solapas y le sacude con ímpetu, con toda su alma, con una enorme angustia)

PADRE JOSÉ.—¡Y no irá! ¡No irá! ¡No puede ir! Le digo que no irá. No irá, no irá...

VALENTÍN.—¡Padre José!

(El padre José, de pronto, se queda como inmóvil. Asustado de sí mismo)

PADRE JOSÉ.—¡Oh, perdón! Dios mío, cómo he podido, cómo he podido... *(Y se deja caer en el sillón. Un sollozo)* Pero, no vaya, se lo suplico, no vaya. Yo se lo pido. De rodillas, si quiere...

(Un silencio. En este instante surge Avelina por la primera puerta de la derecha, muy alborozada)

46 1959, 1967: falta de

AVELINA.—¡Padre José! Ya vienen por nosotros. Ya están ahí. Los he visto desde la ventana. Ya nos vamos... *(Alegre, contentísima, va a la puerta primera de la izquierda y llama)* ¡Anita! ¡Rosa! ¡Don Joaquín! ¡Que nos vamos! *(Corre y llama por la primera puerta de la derecha)* Javier, Javier. Date prisa...

(Aparece Javier, que lleva los maletines y los abrigos de los dos)

JAVIER.—Mira... No empieces a ponerme nervioso.

AVELINA.—¡Ay, Javier! ¡Al fin!

(Aparecen por donde se fueron: Anita, Rosa, Don Joaquín, El muchacho y La muchacha)

ANITA.—¿De veras? ¿Es posible? ¿Nos vamos?

AVELINA.—¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!

ANITA.—¡Ay, Jesús!

(Aparece El buen señor, por la primera puerta de la derecha)

EL SEÑOR.—Vámonos, vámonos... ¡Demonio! ¿Dónde está mi paraguas?

(Y se vuelve a marchar por donde vino. Entre tanto, por la primera puerta de la derecha, ha entrado Marcos, ya dispuesto para la marcha. Cruza la escena, sube la escalera y desaparece. Ahora la puerta de entrada a la casa, que hasta ahora ha permanecido herméticamente cerrada, se abre con chirrido de bisagras. Y bajo su dintel aparece El piloto)

TODOS.—¡Oh!

PILOTO.—¡Buenos días! *(Alegremente)* ¡Señores pasajeros del avión de París, en marcha!

AVELINA.—*(Contentísima)* ¡Bravo!

ANITA.—¡En marcha!

PILOTO.—Todo resuelto. Todo a punto para continuar el viaje. Los coches esperan en la carretera...

(En este instante, se oye dentro una llamada de Marcos, que es como un grito)

MARCOS.—*(Dentro)* ¡Elvira! ¡Elvira!

TODOS.—¿Qué?

(Todos vuelven la cabeza hacia la meseta de la escalera. Un silencio casi imperceptible. Y en la meseta aparece Marcos, pálido, demudado)

MARCOS.—¡Elvira! ¿Dónde está? ¿Dónde está?

(Todos le miran)

PILOTO.—¿Cómo? ¿Busca usted a esa señora que viajaba con ustedes? ¿Una señora que llevaba un abrigo negro? Se ha marchado...

MARCOS.—¿Qué? ¿Que se ha marchado?

PILOTO.—¡Claro! La encontramos hace un instante en la carretera, junto a la puerta trasera de la casa. Nos dijo que tenía que volver a Madrid urgentemente... Habló de su marido enfermo. Y en uno de los coches la llevaron a la estación. Llegará con el tiempo justo para tomar un tren que pasa dentro de media hora...

(Un silencio. Todos tienen la mirada puesta en Marcos, que está en pie en la meseta. Él, casi sin voz, con una angustia infinita)

MARCOS.—Pero ¿no dijo nada más?

PILOTO.—¿Que si dijo? Ya le he contado... *(El piloto se vuelve a los demás)* ¡Señores! Estamos a sus órdenes. No tarden, por favor.

(Sale por el fondo. En medio de un gran silencio, Marcos baja despacio la escalera. De pronto, surge El buen señor, ya provisto de su paraguas, que marcha apresurado hacia el fondo)

EL SEÑOR.—Voy, voy... Ya voy.

(Sale. Marcos ya está en el centro del escenario. Una suave sonrisa)

MARCOS.—Es curioso. Toda una vida esperando. Todo un mundo de ilusiones, de promesas. Y, de pronto, nada. Era un sueño. *(Alza la cabeza. Mira en torno)* No sé si debo pedirles a ustedes disculpas, la verdad. Porque, en realidad,

siempre es interesante el espectáculo que ofrece un hombre fracasado, humillado, pisoteado... Un pobre hombre. *(Se contiene. Tiene la voz ronca, como si sofocara una lágrima. Un esfuerzo)* ¿Qué esperamos? Los coches aguardan...

(Va hacia el fondo. Al pasar se detiene un instante ante El padre José. Parece que va a hablar. Pero baja la cabeza y marcha de nuevo. Llega hasta el fondo y sale. Todos quedan callados. Rompe el silencio la voz de Anita)

ANITA.—¡Dios mío! Esa mujer ha hecho algo maravilloso. No lo olvidaré nunca, nunca. Y pensar que hace un momento yo misma la juzgué tan ligeramente... Es horrible. Las mujeres deberíamos ser las primeras en comprender y, sin embargo, ya se ve, somos más crueles que los hombres. Porque, en el fondo, ¿qué no comprenderá una? Ya ven ustedes: yo misma. En el otoño pasado encontré en París a un viejo amigo de mi marido. ¡Ah! Un hombre extraordinario. Vive en París desde hace muchos años... De verdad, de verdad es algo fascinante. Bueno. Pues... *(De pronto se calla, azoradísima, y mira en torno, asustada)* ¡Jesús! ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué les importa a ustedes todo esto? La verdad es que, cuando me lanzo, soy muy, muy imprudente, y cualquiera pudiera pensar otra cosa. ¡Ea! Vamos. ¡Dense prisa! ¿No saben que nos están esperando?

(Y muy azorada, muy nerviosa, recoge su bolso, su maletín y algún paquete más y se va apresuradamente por el fondo. Avelina, que está en el centro, se vuelve a los que quedan)

AVELINA.—Es verdad. Tenemos que darnos prisa. ¿Vamos, Rosa?

(Rosa se vuelve violenta, agresiva)

ROSA.—¡A mí déjeme usted en paz!

AVELINA.—*(Desconcertada)* Pero, Rosa...

ROSA.—¿Por qué se empeña usted en quererme a mí, precisamente a mí? ¿Es que quiere usted a todo el mundo?

AVELINA.—¡Claro! ¿No ve usted que estoy enamorada...?

(Rosa la mira. Luego mira a Javier que, en el fondo, junto a la puerta, espera anhelante)

ROSA.—Pero ¿tanto le quiere?

AVELINA.—Mire, se lo diré en secreto. (*Avanza y le cuchichea al oído*) ¡Con toda mi alma! No se puede querer más...

(Rosa, impresionada a su pesar, se vuelve a la muchacha)

ROSA.—Y si un día, ese cariño tan grande se lo roba otra mujer, ¿qué hará usted?

AVELINA.—¡Oh! (*Ríe*) Eso es imposible. A mí nadie puede robarme a Javier...

ROSA.—¿Nadie?

AVELINA.—¡Nadie!

(Rosa está mirando a Avelina como sorprendida. Luego, se vuelve rápida conteniendo una lágrima. Con coraje)

ROSA.—Váyase...

AVELINA.—(*Con sorpresa*) Pero Rosa...

ROSA.—Quítese de mi vista. Aprisa. A París. ¿No ve que él la está esperando?

AVELINA.—Pero ¿y usted?

ROSA.—Yo me quedo. Vuelvo a Madrid. ¡Bah! Cosas mías. Ventoleras. Después de todo, a mí lo único que de verdad me gusta es pasear por la calle Sevilla⁴⁷ de siete a nueve.

AVELINA.—(*Riendo*) ¡Rosa! (*De pronto*) ¿Me da usted un beso?

ROSA.—¿Yo? (*Un silencio*) Si usted quiere...

AVELINA.—¡Gracias! (*Avelina se vuelve a los demás*) ¡Adiós! ¡Adiós a todos! Me parece que nunca los olvidaré... Vamos, Javier.

(Y sale casi corriendo por el fondo. Javier da un paso)

JAVIER.—Gracias, Rosa.

(Rosa se revuelve terrible)

ROSA.—¡Vete! ¡Quítate de en medio! Golfo, sinvergüenza, mal hombre, charrán... Vete. ¡Vete!

47 *Calle de Sevilla*: céntrica calle madrileña, muy próxima a la Puerta del Sol.

(Y sin poderse contener más se vuelve de espaldas, llega hasta el sofá y porrumpe en sollozos. Son unos sollozos hondos, profundos, irremediables. Javier calla un instante)

JAVIER.—Adiós, Rosa. ¡Y gracias!

(Sale. Todos miran a Rosa, sentada en el sofá. Don Joaquín, sin poderse contener, da unos pasos; en el colmo del entusiasmo)

JOAQUÍN.—¡Qué mujer! Pero qué mujer...

ROSA.—*(Irritadísima)* ¡Cállese! No sea usted pelma...

JOAQUÍN.—¡Oh!

(La muchacha se acerca a Rosa y se arrodilla junto a ella)

MUCHACHA.—Lléveme con usted. Lléveme a Madrid, a casa de mi padre...
¿Quiere?

ROSA.—Sí, pequeña. Iremos las dos juntas.

MUCHACHA.—Gracias.

(La muchacha hunde la cabeza en el regazo de Rosa. Esta la acaricia la cabeza)

ROSA.—Pero tienes que prometerme que nunca, nunca te volverás a escapar.

MUCHACHA.—¡Se lo prometo!

ROSA.—Yo me escapé una vez, ¿sabes?

(Y ahora, inopinadamente, aprisa, entra Anita, sofocadísima, que, sin vacilar, se dirige al sofá y se sienta junto a Rosa)

ANITA.—Bueno. He cambiado de idea. No voy a París. Pero espero, por favor, que nadie tenga la mala educación de preguntarme que por qué... Son cosas más.

(Valentín marcha hacia el fondo)

PADRE JOSÉ.—*(Con ansiedad)* ¿Y usted?

VALENTÍN.—¡Bah! Me quedo. Después de todo, no merece la pena...

(El padre José avanza. Después de un silencio. Está en el centro. Los mira a todos. Hay un gozo, casi infantil, en sus ojos)

PADRE JOSÉ.—Bueno... Entonces, yo, yo tengo que despedirme de ustedes. Por favor, no se mueva nadie. No digan nada... Es mejor así, en silencio. Yo sé que todos, todos los que hemos convivido una noche en esta casa, maravillosa, no nos olvidaremos jamás; nos recordaremos siempre los unos a los otros. Será muy bonito. Y si algún día pasan ustedes por mi parroquia, allí estaré yo esperándoles... Es una parroquia muy pobre. Pero muy alegre. Vivo solo, y siempre me encontrarán. Y me gustaría tanto, tanto... *(Está muy emocionado. Se le corta la voz)* ¡Je! Oiga, don Joaquín, ¿quiere usted ser mi compañero de viaje?

JOAQUÍN.—¿Yo? *(Emocionadísimo)* Pero ¿de veras no le molesto?

PADRE JOSÉ.—Quite usted, hombre. Además, me tiene usted que hacer un favor.

JOAQUÍN.—A ver, a ver...

PADRE JOSÉ.—Mire usted. Cuando lleguemos a París, me tiene usted que acompañar al hotel. Porque yo llevo un plano de París; pero, nada: que busco y que busco, y que no encuentro el hotel...

(Salen los dos por el fondo. Se oyen nuevamente, ahora con más intensidad, las campanitas que tocan a misa. Hay un silencio. El muchacho baja del fondo. Todos le miran. Va despacio, muy despacio, hacia la puerta... Está a punto de llegar, cuando en el umbral de la puerta surge El piloto)

PILOTO.—Por favor... ¿Falta alguien?

(El muchacho le mira inmóvil, como indeciso. Es un segundo. Y al fin:)

MUCHACHO.—No falta nadie... Nosotros nos quedamos.

PILOTO.—¡Ah! Entonces... Buenos días.

(Desaparece El piloto. El muchacho, en silencio y muy despacio, marcha hacia la chimenea. Se sienta en un sillón. Apoya los codos sobre las rodillas y esconde la cara entre las manos... Los demás, le miran. Hay una gran pausa. Las campanas repican más fuerte, alegremente, victoriosamente. Muy despacio, va cayendo el

TELÓN)



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE